

El vals de los condenados

Santiago Martín Bermúdez

PREMIO ENRIQUE LLOVET (2002)

A la querida memoria de Pierre Boucherie

Al maestro Rafael Conte

PERSONAJES

Dominique de BEAUMANOIR, *una dama.*

Los tres acusados, que respondieron a los nombres de Pierre DRIEU la Rochelle, Louis ARAGON y André MALRAUX.

Un actor maduro, que interpreta al JUEZ.

Un actor algo más joven, que interpreta, entre otros, al FISCAL.

Una actriz, que interpreta a MADAME.

Dominique de Beaumanoir aparece ante nosotros como una bella e interesante mujer de unos cuarenta años. No importa gran cosa la edad de los actores que representen los acusados. Quedaría bien entre 40 y 60 años, incluso algo más o algo menos. Por la acción y las situaciones se verá que no es precisamente la edad lo que les define; pero no conviene caracterizarlos en los extremos.

Dispositivo escénico

Lo ideal sería que hubiera dos escenarios, uno pequeño, para las escenas íntimas; y otro algo mayor, para el tribunal. El espectador quedaría expuesto a dos perspectivas distintas. Si el teatro es a la italiana, se propone su división:

Escenario A). Primer término del escenario. A cortina cerrada, no se ve el fondo.

Escenario B). Todo el escenario. A cortina abierta, se ve el tribunal.

Las acotaciones se refieren a un teatro a la italiana, con esta división.

El intermedio se puede fijar entre las escenas 7 y 8.

Una representación podría aconsejar la supresión de las escenas 6 y 12, y algunos cortes en otras.

Hablamos una nueva lengua, una love-lengua enjalbegada, irreprochable, clara y transparente como el agua cristalina, deseosa de hacer justicia a todos, despojada de las palabras que ofenden, expurgada de todo sexismo. Y cuando convocamos a nuestros antepasados, es para leerlos bajo el prisma del delito y, salvo algunas excepciones, para reflexionar sobre su desgracia. Convencidos de haber identificado el origen de la maldad y conocer ya el camino del bien, sometemos a interrogatorio al sospechoso imaginario de los muertos ilustres, les preguntamos sobre sus relaciones con el otro, hostigamos sus inclinaciones no igualitarias, descubrimos todos los puntos ciegos de sus discursos.

Alain Finkielkraut: *La ingratitude* (Trad. de Francisco Díez del Corral, Anagrama, 2001).

I. Avatares

Escenario A. En primer término del escenario. El fondo está cubierto. Una moribunda en una cama. La rodean otros personajes: su HERMANA, una anciana; su HIJO, un hombre maduro; EL MÉDICO. El médico trata de reanimar a la moribunda, que respira gracias a una mascarilla.

EL MÉDICO.- ¡Respira, Dominique, respira!

(Estertores de la moribunda.)

EL MÉDICO.- ¡Un esfuerzo, un esfuerzo...! **(Al HIJO.)**
Se nos va, M. Gaillard...

LA HERMANA.- ¡Dominique! **(Sollozos ahogados.)**

EL HIJO.- M. Magne, se lo ruego...

EL MÉDICO.- ¡Dominique, un esfuerzo!

LA HERMANA.- ¡Dominique!

EL HIJO.- ¡Tía, por favor...!

(Silencio. Tensión.)

EL MÉDICO.- **(Gesto significativo de renuncia.)** Lo lamento, pero...

EL HIJO.- ¿Ya...?

(EL MÉDICO asiente.)

(Sollozos y exclamaciones. Los personajes se abrazan entre sí. Por fin, se sienta junto al cadáver, al que toma de la mano.)

EL MÉDICO.- (Abre los brazos para abrazar al HIJO.)
No ha podido ser. Pero lo hemos intentado.

EL HIJO.- (Abraza al MÉDICO.) Gracias, M. Magne.
Usted ha hecho lo que tenía que hacer, y creo que nosotros
también. La intervención era necesaria, así que...

EL MÉDICO.- No hay que darle vueltas, M. Gaillard.

(Los tres personajes contemplan a la difunta
DOMINIQUE DE BEAUMANOIR. Quedan congelados
mientras miran. En ese momento entra en escena,
precisamente, DOMINIQUE DE BEAUMANOIR, con el
mismo camisón y el mismo color de pelo -los detalles
que se ven del cadáver- que la que yace en la cama.
Pero no es una anciana. Ya ha muerto, y no tiene por
qué serlo. Contempla a los tres personajes y se
contempla «a sí misma».)

BEAUMANOIR.- Por fin. Era insoportable. Morirse es
francamente molesto, como me imaginaba. Ahora, todo ha
terminado. Muriel y Patrick lo van a sentir mucho, pero será
un alivio. ¿No es así, Patrick?

(Los personajes se animan apenas. Responden a
BEAUMANOIR sin mirarle, como si no le advirtieran
del todo.)

EL HIJO.- ¿Un alivio? Sí, creo que sí. Lo lamentaré, pero
es un alivio.

BEAUMANOIR.- Tendrás que llamar a tus hermanos.

EL HIJO.- Sí, tengo que llamarles.

BEAUMANOIR.- (A la HERMANA.) Y tú no te pongas histérica.

LA HERMANA.- (Sollozo.) ¿Cómo quieres que me ponga?

BEAUMANOIR.- Venga, Muriel, que te conozco. Un poquito de sentimiento y un poquito de demostración...

LA HERMANA.- ¿Qué quieres decir con eso?

BEAUMANOIR.- Nada. No vamos a discutir ahora.

EL MÉDICO.- (A BEAUMANOIR.) Al final, no pudo terminar el libro.

BEAUMANOIR.- Lo harán mis discípulos, es a parejita, Christine y Marcel. Para eso, confío en usted.

EL MÉDICO.- Le agradezco su confianza.

BEAUMANOIR.- (Se cuelga de su cuello, como si esperara un beso.) Hasta siempre, Jean-Claude. No pudo ser, qué le vamos a hacer.

EL MÉDICO.- Me sorprendes, Dominique. Si fueras un hombre, serías un viejo verde.

BEAUMANOIR.- Ahora tengo mejor aspecto. ¿Te habría gustado más de esta manera?

EL MÉDICO.- Por favor, compórtate.

BEAUMANOIR.- Me haré a la idea...

(Se «descuelga» del MÉDICO. Habla a alguien que está ausente. No al público.)

Christine, Marcel, queridos discípulos. El libro está por la mitad. El doctor Magne os ayudará mucho. No es lo suyo, pero le interesaban mis investigaciones. Es posible que tengáis que introducir cambios en lo que ya tengo escrito. No es necesario que respetéis el estilo, pero si lo creéis necesario, para eso están mis otros libros. Vosotros les daréis más pasión, más vida. Yo era ya muy vieja. No podía seguir así. No podía seguir viva, quiero decir. Si pudiera volver atrás y elegir, renunciaría a todo sólo por unos cuantos besos y unos cuantos amores de ese caballero veis ahí (**Señala al MÉDICO**). Se llama Jean-Claude Magne, podría ser mi hijo y no le interesan nuestros asuntos...

(Se sienta en la cama en la que acaba de morir. Como si quisiera descansar. Se oye, a lo lejos, una música que es como una charanga, como un verbena, como una fanfarria popular.)

EL MÉDICO.- (La música crece, pero todavía se puede oír su parlamento.) Dominique de Beaumanoir. Nació en Saint-Denis el 5 de julio de 1903. Murió en París el 23 de marzo de 1983, a las trece horas. Casada con Gérard Gaillard el 11 de noviembre de 1930, del que enviudó el 7 de marzo de 1975. Profesora de literatura comparada en la

Sorbonne, iba a cumplir ochenta años y aún investigaba e impartía cursos concretos. La familia comunica que el sepelio tendrá lugar en el cementerio viejo de Épinay-sur-Seine el día 26, a las diez de la mañana.

(La música lo inunda todo. Y todo cambia en pocos segundos: los actores se convierten en otros personajes, con excepción de BEAUMANOIR; se abre la cortina que cubría el fondo del escenario. Los actores que se transforman apresuran a BEAUMANOIR y le repiten: «Llega usted tarde», «Le están esperando», «Ha tardado usted demasiado». El actor que cumplía el cometido de médico le entrega a BEAUMANOIR «el cadáver». BEAUMANOIR lo toma en sus brazos con suma facilidad. Se ve que era sólo un muñeco con una mascarilla.)

Escenario B. Los tres actores se han transformado por completo. El médico y el hijo son ahora togados. La hermana (vemos que no era una anciana) se ha convertido en una dama atractiva y elegante; la llamaremos tan sólo MADAME.

Al abrirse la cortina hemos descubierto asientos y estrados, dispuestos de manera que sea evidente que se trata de un tribunal. Al fondo, vemos sentados a tres caballeros. Como pronto sabremos, son los acusados.

El actor que era médico será el presidente del tribunal. A su lado, habrá dos muñecos jueces. En sus funciones de presidente, llamará a BEAUMANOIR a su presencia.

Todo se ha transformado con vertiginosa rapidez. La música se ha diluido, pero las voces de apresuramiento se han multiplicado.

EL JUEZ.- ¡Orden! ¡Orden!

(Concluye el trajín, cesa la agitación. Cada cual ocupa su puesto. Excepto DOMINIQUE DE BEAUMANOIR, que sigue en camión; en sus brazos continúa el muñeco que pasó por cadáver.)

EL JUEZ.- (A BEAUMANOIR.) Madame Gaillard, o quizá debería decir Madame de Beaumanoir... La llamaré Beaumanoir, si no tiene inconveniente. Así la conoce a usted todo el mundo. Bien, se ha dignado venir por fin. Ya era hora. Ha tardado demasiado, pero podemos empezar. Llevamos mucho retraso. Por cierto, ¿se puede saber qué lleva usted en los brazos?

(Como tomado en falta y con cierta intemperancia, llega hasta BEAUMANOIR el actor que antes era el hijo y que ahora será EL FISCAL.)

EL FISCAL.- (A BEAUMANOIR. **Con reproche, con vehemencia, apremiante.**) Por favor, deme usted eso. Será posible...

(EL FISCAL arrebató el muñeco a BEAUMANOIR y se lo va pasando a los demás personajes, que se libran del bulto con apresuramiento, como si les pudiera contagiar algo. El muñeco desaparece por el fondo. BEAUMANOIR no reacciona, está pasmada.)

EL JUEZ.- Madame de Beaumanoir, ¿le parece correcta su vestimenta?

(Risas.)

No sé si sabe usted que se encuentra ante un tribunal.

(EL FISCAL y la otra dama se apresuran a traer ropa adecuada para BEAUMANOIR, lo que no interrumpe el diálogo entre éste y EL JUEZ.)

BEAUMANOIR.- (Reacciona. Empieza a enojarse.)
Nadie me ha informado de nada. Señoría, sepa que estoy en camisón porque me acabo de morir. Ni siquiera les ha dado tiempo a amortajarme. Ni creo que lo hagan, porque di instrucciones para que me incineraran. La verdad, tampoco esperaba que me fueran a juzgar tan pronto por mis pecados.

EL JUEZ.- ¿Pecados? ¿De qué está usted hablando? No somos un tribunal de esa especie. Esta sala se hace cargo de su especial circunstancia, Madame de Beaumanoir. Pero usted debe comprender nuestra impaciencia. La esperábamos

hace tiempo. La causa se ha retrasado por usted. Lamentamos mucho que haya usted tardado tanto en morirse. Debido a esa circunstancia, nos hemos visto privados de su presencia, que resulta imprescindible.

(MADAME y EL FISCAL desnudan a BEAUMANOIR, y empiezan a vestirla. BEAUMANOIR ha quedado completamente desnuda, porque le faltaba incluso la ropa interior.)

BEAUMANOIR.- (Mientras la visten y zarandean.) ¡Señor juez, ya que se trata de un tribunal de justicia, sea ésta la que sea, tengo que presentar mi más enérgica protesta...!

EL JUEZ.- (Agita la campanilla.) ¡Madame de Beaumanoir, compórtese ante este tribunal! Acaba usted de llegar, llega tarde, en camisón, y empieza con una protesta. Si continúa así, tendré que imponerle una sanción.

BEAUMANOIR.- Señoría, no se me puede sancionar si no se me dan a conocer las normas y obligaciones, ni se me puede pedir que llegue antes si no he recibido citación alguna. Y de las palabras de su señoría se desprende que para acudir yo a esta sala era condición necesaria, y sin duda imprescindible, que yo falleciera. Pues bien, todos ustedes son testigos de que acabo de morirme, y en consecuencia me era imposible acudir antes. Retiraré mi protesta antes de presentarla siquiera, pero a cambio solicito que se me informe: uno, qué tengo que hacer en esta sala, y si se me acusa de algo concreto; dos, cuáles son mis obligaciones ante este tribunal; tres, quiénes son las personas que nos

acompañan.

(En este momento tiene que haber concluido la operación de vestir a BEAUMANOIR. Tanto el hombre como la dama se sientan.)

EL JUEZ.- Consultaré con mis colegas tales extremos.

(Se vuelve a uno y otro juez-muñeco. En el acto, considera concluida la consulta.)

Madame de Beaumanoir, dada la premura de tiempo, este tribunal no puede responder de una vez a sus dos primeras demandas. Durante la primera sesión, se hará usted una idea. En lo que se refiere al tercer punto, creemos imprescindible que sepa con quién va a tener que vérselas en adelante. Yo soy el juez, como lo son mis colegas. ¡Señor fiscal!

(Se levanta EL FISCAL, dando taconazo, como si respondiera a una orden militar.)

EL FISCAL.- ¡Madame! ¡Fiscal Denis de Saint-Sulpice, del colegio de París! **(Con repentina suavidad.)** Estoy encantado de recibir a mi colega, la abogada Dominique de Beaumanoir.

BEAUMANOIR.- ¿Abogada yo...? Ustedes se

equivocan. No tengo la menor idea de derecho.

EL JUEZ.- No tiene por qué preocuparse. Tampoco nosotros sabemos derecho. M. de Saint-Sulpice ha exagerado un poco. Viene a acusar, y usted viene a defender. Pero aquí el derecho no es imprescindible.

BEAUMANOIR.- No entiendo nada.

EL JUEZ.- Ya lo comprenderá, no se preocupe. ¡Madame...!

(Se levanta MADAME.)

MADAME- (Dulce, altiva, glamourosa.) Encantada, Madame de Beaumanoir. Le aconsejo que se coloque bien el vestido. No se lo ha puesto como es debido.

BEAUMANOIR.- (Se recompone.) Yo sí que estoy encantada, Madame... Madame ¿qué? No ha dicho su nombre.

EL JUEZ.- No tiene nombre. Por el momento, llámele Madame, y basta. (Algo irritado.) Por favor, vamos muy retrasados.

MADAME- A su servicio, Madame de Beaumanoir. Será un placer reconstruir para usted.

BEAUMANOIR.- ¿Reconstruir...?

EL JUEZ.- Silencio, por favor. Ni que decir tiene que M. de Saint-Sulpice será, además, simplemente El fiscal, cuando y donde corresponda. ¿Entiende usted, Beaumanoir?

BEAUMANOIR. - (Perpleja.) Creo que no entiendo una palabra.

EL JUEZ.- Lo celebro. De haber comprendido, habría sido muy alarmante.

BEAUMANOIR.- Me alegro de no decepcionarle, señoría.

EL FISCAL.- Si se me permite una aclaración, le informaré a Madame de Beaumanoir que no sólo soy un fiscal; también soy unreconstructor. Reconstruiré para usted y para mí mismo.

EL JUEZ.- Si continuamos con esta charla, no empezaremos nunca. (Agita la campanilla.) ¡Todo el mundo a su sitio!

(EL FISCAL va a su asiento. MADAME toma de la mano a BEAUMANOIR y lo lleva hasta el suyo. Hay tres grupos de asientos: el del fondo, con los tres caballeros que van a ser acusados; el del tribunal, a la izquierda; el del FISCAL y el abogado, donde también se encuentra MADAME. Expectación.)

EL JUEZ.- (A los tres caballeros sentados al fondo.) Pónganse en pie los acusados. (Los tres caballeros miran al JUEZ y a los demás asistentes, pero no se levantan.) ¡He dicho que se pongan en pie los acusados!

(Los supuestos acusados -cada uno de los cuales ha

tenido antes una leve reacción ante la presencia de la dama abogada- se miran entre sí. Parecen consultarse algo, apenas con la mirada, y uno de ellos se dirige al JUEZ. Pero no se levanta.)

EL PRIMER ACUSADO.- Queremos presentar una protesta.

EL JUEZ.- ¿Una protesta? Claro, cómo no. Para eso estamos los tribunales, los jueces, los abogados, los fiscales y hasta la policía judicial... Para que nos protesten. Señores, no hay protesta que valga. No se admite.

EL PRIMER ACUSADO.- Entonces nosotros no reconocemos a ese llamado tribunal ni acatamos a esos supuestos jueces.

EL JUEZ.- (A los muñecos que le flanquean.) ¿Han oído, queridos colegas? Es un desacato descarado. **(Furioso, a los acusados.)** Un desacato deliberado, formulado en forma de provocación. ¡Que conste en acta! Sepan ustedes, caballeros, que esa actitud no les favorece.

EL PRIMER ACUSADO.- Ese tribunal carece de legitimidad para juzgarnos. Ni siquiera se nos ha notificado de qué se nos acusa. Cualquier regla procedimental se ha violado.

EL JUEZ.- ¡Levántese cuando se dirija a un tribunal como éste!

EL PRIMER ACUSADO.- ¡No pensamos hacerlo! Levantarse sería tanto como aceptar que se trata de un tribunal. No sabemos cuál es la acusación, ni la legitimidad

que la sustenta.

EL JUEZ.- Están ustedes en un error semejante al de Madame de Beaumanoir. No es éste un tribunal basado en el derecho, sino en normas más elevadas y duraderas. Se les acusa de delitos muy graves. ¡Señor fiscal!

EL FISCAL.- (Se levanta y lee.) Cargos generales contra los acusados: traición a los ideales de su juventud, colaboración con la Internacional Comunista, inducción al crimen por motivos ideológicos, ceguera voluntaria y complicidad ante la violación de principios elementales, de manera continua (la ceguera) y masiva (la violación). Los principios violados son, entre otros, los de la vida, la integridad física, el derecho de los pueblos, la libertad individual, las libertades ciudadanas, etc. etc., según detalle que se verá durante la lectura individual de cargos. En lo que se refiere a cargos concretos contra cada uno de los acusados...

EL JUEZ.- (Interrumpe al FISCAL.) ¡Basta! (A BEAUMANOIR.) Espero que haya tomado buena nota de lo dicho por el fiscal. **(Embarazo y turbación de BEAUMANOIR, que no puede reaccionar y se agita en su asiento. EL JUEZ se dirige inmediatamente, sin apelación para BEAUMANOIR, al acusado primero.)** ¿Es suficiente?

(Los acusados intercambian miradas y alguna palabra.)

EL PRIMER ACUSADO.- Aceptaríamos un

interrogatorio. Pero necesitamos un abogado.

EL JUEZ.- (Enfático.) Tienen ustedes un abogado. Ahí está la gran Dominique de Beaumanoir, que sin duda sabe sobre ustedes cosas que ustedes mismos ignoran.

(Los acusados se miran de nuevo y consultan entre sí.)

EL JUEZ.- Madame de Beaumanoir, supongo que ha reconocido usted a los acusados que tendrá que defender.

BEAUMANOIR.- (Se levanta. Confusa.) Señoría, yo...

EL JUEZ.- Espero no estar mal informado. Usted es Dominique de Beaumanoir, que en vida escribió libros muy estimables. Entre ellos una atrevida hipótesis sobre la historia reciente, titulada *Trois chances contre la mort*, esto es, Tres oportunidades contra la muerte. Según usted, esos tres caballeros encarnaban las tres oportunidades de Francia para no desaparecer como nación. Porque, según usted (y perdone que resuma y esquematice su rico pensamiento), Francia estuvo a punto de perecer en 1940, lo mismo que durante las guerras de religión.

BEAUMANOIR.- (Desconcertada.) Señoría, apenas si consigo comprender... **(Se calla, no entiende nada.)**

EL JUEZ.- Comprendemos su desconcierto. Acaba usted de fallecer y le estamos sometiendo a un trabajo duro sin ninguna transición. Pero el tiempo apremia. Así que, por favor, escuche con atención y tome nota. **(De nuevo, grita.)** ¡A ver! ¿Es que nadie le ha provisto a Madame de Beaumanoir de papel y bolígrafo?

(MADAME acude presurosa a y entrega el material ordenado.)

EL JUEZ.- (A los acusados.) Señores, ¿aceptan como defensor a Madame de Beaumanoir?

EL PRIMER ACUSADO.- En este caso debo dejar la palabra a mis compañeros de asiento. Yo fallecí hace demasiado tiempo. **(Miradas entre este acusado y BEAUMANOIR.)**

EL TERCER ACUSADO.- Conozco bien a Madame de Beaumanoir, pero no sabía que hubiera escrito ese libro. No me sorprende, sabiendo sus preocupaciones como investigador. Lo aceptamos como consejero, pero no como abogado. Eso sería tanto como reconocer el tribunal, y no estamos dispuestos a ello.

EL SEGUNDO ACUSADO.- Conozco el libro de Dominique de Beaumanoir, y me parece digno e interesante. Intenta salvar a todo el mundo, y ahí radica tal vez su defecto principal, pero se han dicho de nosotros cosas mucho peores. Podríamos charlar con ella, y llegar tal vez a un acuerdo sobre el tribunal y las acusaciones, si es que eso que ha leído el fiscal son acusaciones concretas de algo.

EL JUEZ.- (A BEAUMANOIR.) Ya lo ve usted, Beaumanoir. Dos de ellos le reconocen a usted, ¿no reconoce usted a ninguno de ellos?

BEAUMANOIR.- (Que, en efecto, los reconoce, pero no se atreve a admitirlo.) ¡No puedo creerlo...!

EL JUEZ.- (A los acusados.) Señores, les ruego su

colaboración. Sin que ello suponga que ustedes reconocen o acatan este tribunal, les pido que se pongan en pie para ser presentados a Madame de Beaumanoir. Señor fiscal.

EL FISCAL.- (Lee.) Pierre Drieu la Rochelle.

(Se pone en pie el primer acusado. Sobresalto y gemido de BEAUMANOIR, lo que llama la atención de los demás.)

Nacido en París, el 3 de enero de 1893. Hijo de Emmanuel la Rochelle y de Eugénie Lefèvre. Muerto por suicidio el 15 de marzo de 1945, también en París.

DRIEU.- (Es decir, el primer acusado.) ¡Protesto!

EL JUEZ.- ¿Se puede saber por qué protesta usted ahora?

DRIEU.- ¿Qué necesidad hay que decir que mi muerte fue por suicidio?

EL JUEZ.- ¡Se desestima la protesta! Se les advierte que escucharán cosas peores en el proceso... **(Mordaz.)** Si es que reconocen las potestades de este tribunal. **(Al FISCAL, desabrido.)** ¡Continúe!

EL FISCAL.- (Lee.) Georges André Malraux.

(Se pone en pie el tercer acusado. Por parte de BEAUMANOIR, nuevo sobresalto y nuevo gemido, menos notorios.)

Nacido en París, el 3 de noviembre de 1901. Hijo de Fernand Malraux y Berthe Lamy. Muerto en Verrières-le-Buisson el 23 de noviembre de 1976.

(Silencio. Pequeña expectación. Al no haber protesta alguna, EL FISCAL continúa.)

Louis Marie Antoine Alfred Aragon.

(Se pone en pie el segundo acusado. BEAUMANOIR no reacciona. Los demás parecen decepcionados.)

Nacido en París, el 3 de octubre de 1897. Hijo de...

(Silencio.)

ARAGON.- (Es decir, el segundo acusado. Ante aquel silencio.) ¡Protesto!

EL JUEZ.- ¡Maldita sea! ¿Por qué protesta ahora?

ARAGON.- Esto es intolerable. Es la historia de siempre, tan manida que me produce náuseas. Louis Aragon, hijo de padres desconocidos. Hijo de una madre muy joven a la que durante años tomó por su hermana mayor. El niño al que siempre le faltó un padre. ¡Estoy harto! Ni después de muerto van a dejar de sicoanalizarme, de tenderme en divanes imaginarios y de escribir artículos sobre unas

carencias infantiles que lo explicarían todo. ¡No! ¡Basta ya!
¡Protesto!

EL JUEZ.- Se admite la protesta, sé por dónde va usted. Pero dudo que el señor fiscal tuviera la intención de ofenderle ni de desenterrar viejas historias. **(Al FISCAL.)**
¡Siga usted!

EL FISCAL.- El caso es que... Aquí pone: muerto en París el 24 de diciembre de 1982. **(Intenta justificarse.)** Por la inercia, pronuncié «hijo de», pero tuve que callarme; en realidad, aquí no pone nada.

ARAGON.- Yo se lo diré. Louis Aragon, hijo de una maravillosa mujer llamada Marguerite Toucas-Massillon, que por entonces apenas tenía veinticuatro años. Pero como para ser concebido uno necesita un padre, Aragon tuvo uno. Era un buen cabroncete, un viejales llamado Louis Andrieux, un politicastro de antes del caso Dreyfus, mayor que mi madre en más de treinta años. Siempre le tomé por mi padrino, ¡y resulta que era mi padre!

EL FISCAL.- ¡Protesto!

EL JUEZ.- ¡También usted!

EL FISCAL.- M. Aragon aprovecha la oportunidad para contarnos una historia que influya en la marcha del proceso.

ARAGON.- No me minusvalore el señor fiscal. Antes o después me las habría arreglado para contar esa historia.

BEUMANOIR.- (Temblorosa.) Señoría, con todos los respetos, tengo que protestar...

EL JUEZ.- ¡Cómo...!

BEAUMANOIR.- Señoría, esto es un abuso. Estoy dispuesta hacerme cargo de la defensa de estos caballeros, cuyas biografías he trazado de la manera que todos conocen. Pero necesito un respiro. Son demasiadas emociones en tan poco tiempo. Hágase cargo, señoría: morirse, ser nombrada defensora y encontrarme con estos tres importantes escritores, que no son sólo escritores, sino mucho más que eso. Necesito... necesito un respiro.

(Rumores y hasta gritos: «Sí, tiene razón, no hay derecho», etc.)

EL JUEZ.- (Agita la campanilla.) ¡Orden! Mis colegas y yo consideramos finalizada la formalidad de las presentaciones. Madame de Beaumanoir, tendrá usted el respiro que necesita. (A los acusados.) Se procederá a enviar por escrito las acusaciones y a comunicarles la adscripción de un abogado para los tres. Se trata de Madame Dominique de Beaumanoir, especialista en ustedes, que acaba de fallecer. Lamentamos la espera que han tenido que sufrir. Preveíamos el fallecimiento de Madame de Beaumanoir antes de la muerte del propio M. Aragon, pero se ha hecho esperar tres meses desde el óbito del celebrado poeta aquí presente. Tienen tiempo de deliberar entre sí, aceptarse o rechazarse, y reconocer o no a este tribunal. Pero les advierto que este último extremo no variará el procedimiento. ¡Habrá proceso tanto si ustedes reconocen al tribunal como si no!

LOS TRES ACUSADOS.- (Tras un segundo de expectación.) ¡Protesto!

(Consternación general. Súbitamente, oscuro.)

II. Reencuentro

**Escenario A. DOMINIQUE DE BEAUMANOIR
examina los expedientes de los acusados. Entra DRIEU.**

DRIEU.- Dominique...

BEAUMANOIR.- Pierre... Veo que me has reconocido.

DRIEU.- ¿Cómo no te iba a reconocer?

BEAUMANOIR.- No sé. Aquello duró tan poco...

DRIEU.- Porque me abandonaste enseguida.

BEAUMANOIR.- (**Sonríe, con intención.**) Te abandoné porque preferías a Christiane Renault.

DRIEU.- No es cierto. Las razones de ambos deben de ser otras...

BEAUMANOIR.- ¿Deben? Puedo imaginar las tuyas. Yo era muy joven, aunque ya me había casado. Fue la primera vez que engañé a mi marido. Pero él me llevaba la delantera. A ella le dedicaste toda una novela con nombre supuesto, a mí ni siquiera me mencionas en el diario.

DRIEU.- No era prudente.

BEAUMANOIR.- Además, Christiane te pagaba las cuentas. A mí había que invitarme.

DRIEU.- ¿Por qué dices eso?

BEAUMANOIR.- Tú mismo lo cuentas de otras en tu diario... Te veo muy nervioso.

DRIEU.- (**Pose de conquistador.**) ¿Yo, nervioso...? (**Se acerca.**)

BEAUMANOIR.- Voy a ser tu abogada. No sé si debemos...

DRIEU.- ¿Por qué no?

BEAUMANOIR.- Claro, que esto es un tribunal muy particular.

DRIEU.- Y yo aún no lo he reconocido.

BEAUMANOIR.- Ni los otros.

DRIEU.- ¿Qué me importan a mí los otros?

BEAUMANOIR.- Acércate más, Pierre. No estás en forma.

(Se besan. Se miran en silencio.)

BEAUMANOIR.- Y ahora dime que me has echado de menos.

DRIEU.- Te he echado de menos.

BEAUMANOIR.- Y ahora dime que no me has olvidado nunca.

DRIEU.- No te olvidé nunca.

BEUMANOIR.- Y ahora pregúntame que por qué te abandoné.

DRIEU.- Me abandonaste porque te di miedo.

BEUMANOIR.- Te abandoné porque eras destructivo.

DRIEU.- Era destructivo porque lo quería destruir todo. Empezando por mí mismo.

BEUMANOIR.- No vas a convencerme, Pierre. Eso fue hace mucho tiempo. Creo que en el 38. No podía imaginarme lo que ibas a hacer después.

DRIEU.- ¿Eso dice mi abogada? Voy a necesitar otra defensa.

BEUMANOIR.- No te preocupes por eso. Nadie lo haría mejor.

(Se besan de nuevo.)

DRIEU.- De todas maneras, este proceso es absurdo.

BEUMANOIR.- Tengo que reunirme con vosotros.

DRIEU.- ¿Con los tres?

BEUMANOIR.- ¿Qué sientes al verlos de nuevo?

DRIEU.- Siempre quise a André, y él a mí. Siempre odié a Aragon. Y él a mí.

BEUMANOIR.- Vete, Pierre. Os llamaré... A los tres.

(Nuevo beso.)

DRIEU.- Dime que nunca me has olvidado.

BEUMANOIR.- Eso no necesito decirlo. Vete, Pierre.

(DRIEU vacila un momento, la mira y se marcha. Ella continúa el examen de los expedientes. Llega MALRAUX.)

MALRAUX.- (Sin esperar a que ella levante la vista de su lectura.) La última vez que te vi... (Se detiene.)

BEUMANOIR.- Lo has olvidado. 2 de septiembre de 1973. Hace casi diez años.

MALRAUX.- La inauguración del monumento a la Resistencia en Alta Saboya.

BEUMANOIR.- El gran pájaro blanco de Gilioli en Glières.

MALRAUX.- Tú fuiste resistente.

BEUMANOIR.- Un poco. No hay que exagerar. Sólo al final, cuando todo estaba ganado. Fue para consolar al coronel Berger, a mi buen amigo André Malraux, que acaba de perder a su amada.

MALRAUX.- Aquel día ibas a marcharte sin hablarme.

BEAUMANOIR.- No. Esperaba que no me dejaras escapar después de haberme visto por allí. Eras tú quien tenía que venir a mí.

MALRAUX.- Fue una sorpresa.

BEAUMANOIR.- Quería ver al hombre que había dejado de ser ministro y se empeñaba otra vez en defender causas justas. Como la de Bangladesh.

MALRAUX.- Me emocionó verte de nuevo. La política nos había separado.

BEAUMANOIR.- Tu política. Tu vida de político. A los ministros sólo los ven unos pocos.

MALRAUX.- A los ministros los ven los especializados en ver ministros. Nunca las personas de interés.

BEAUMANOIR.- ¿Cuándo supiste eso?

MALRAUX.- Como todos. Demasiado tarde.

BEAUMANOIR.- Si André Malraux también fue presa de esos especialistas, ¿quién se verá libre?

MALRAUX.- Nadie.

BEAUMANOIR.- ¿No vas a hablarme de ti?

MALRAUX.- Tendremos tiempo.

BEAUMANOIR.- ¿No vas a preguntarme por nada ni por nadie?

MALRAUX.- Lo haré, pero no ahora.

BEUMANOIR.- ¿No vas a hablarme de amor?

MALRAUX.- Dominique...

(Se besan.)

BEUMANOIR.- André... Hemos muerto, ¿te das cuenta? Y me estabais esperando. Parece un sueño. Quizá me despierte de un momento a otro en mi casa, en mi cama, y sospeche que empiezo a volverme loca.

MALRAUX.- Así que era a ti a quien había que esperar. A ti y a Aragon. ¿Por qué nosotros tres? ¿Por qué no también Sartre, por ejemplo?

BEUMANOIR.- No lo sé. Vosotros tres. Ya es bastante.

MALRAUX.- Nunca te gustó Sartre.

BEUMANOIR.- No.

MALRAUX.- Y erais del mismo bando.

BEUMANOIR.- No. Yo era del bando de Aragon. No era exactamente lo mismo.

MALRAUX.- Lo recuerdo, sí. Mi pequeña Dominique, convertida en comunista por sus hazañas en la Resistencia. Pero, como todos, acabaste por dar el portazo. Como todos. Como yo...

BEUMANOIR.- André, tienes que irte. Os convocaré a los tres. Ahora tengo que repasar las acusaciones y preparar vuestra defensa. Tu defensa. ¿No es para echarse a reír?

MALRAUX.- Lamento que hayas muerto, Dominique. Pero me alegro de verte. Me alegro mucho...

(Se miran unos instantes. Al cabo, MALRAUX se marcha.)

BEUMANOIR.-

(Se sienta. Parece que va a zambullirse de nuevo en los expedientes, pero mira hacia la cortina. Ha advertido algo. Burlona.)

Puedes pasar, celebrado poeta.

(Aparece ARAGON.)

ARAGON.- Puedo asegurarte que no estaba escuchando.

BEUMANOIR.- Tampoco ellos escuchaban, quiero creer.

ARAGON.- ¿Ellos? Sólo he visto uno.

BEAUMANOIR.- Pero sois tres. Y tú lo sabes todo. Ellos, no.

ARAGON.- Ven a mis brazos, Dominique.

BEAUMANOIR.- Con una condición. Me tienes que llamar como siempre.

ARAGON.- Ven a mis brazos, Helecho.

BEAUMANOIR.- Bien. ¿Quién es Helecho?

ARAGON.- Helecho eres tú, siempre lo fuiste.

BEAUMANOIR.- Sí, soy yo. Pero, ¿cómo se llama Helecho?

ARAGON.- Helecho se llama Dominique de Beaumanoir.

BEAUMANOIR.- Y, sin embargo, tú escribiste otra cosa.

ARAGON.- ¿Otra vez vas a reprocharme eso?

BEAUMANOIR.- Viejo traidor, que le das el apodo de tu amante a tu propia esposa... Ven a mis brazos. (**Se besan.**)

ARAGON.- ¿Fuiste a mi entierro?

BEAUMANOIR.- ¿Qué entierro? (**Ríen los dos.**) Ese día leí poemas tuyos. «J'empêche en respirant certaines gens de vivre / Je trouble leur sommeil d'on ne sait quel remords...»¹.

¹ *Plus belle que les larmes.*

ARAGON.- Gracias.

BEUMANOIR.- No tienes por qué dármelas. Yo me estaba muriendo hacía meses. Y esos poemas me hicieron revivir. El viejo Aragon. «Ils ont peur ils ont peur de tout ce qui respire / D'un chant près d'un berceau D'un oiseau dans l'été...»².

ARAGON.- Demasiado autobiográficos.

BEUMANOIR.- Precisamente. Esas biografías mentirosas con las que se supone que cuentas la verdad.

ARAGON.- Tú has escrito mi biografía. Lamentablemente, la has comparado con la de esos dos tipos.

BEUMANOIR.- Lo creí necesario. Te envié un ejemplar dedicado. No me digas que no lo recibiste.

ARAGON.- Hubiera preferido ver a la propia autora.

BEUMANOIR.- Habrías podido telefonar.

ARAGON.- Estaba muy viejo.

BEUMANOIR.- Poco más que yo.

ARAGON.- No voy a discutir contigo de eso.

BEUMANOIR.- En lugar de discutir, podrías intentar recordar que un día estuviste enamorado de este Helecho. El Helecho original, no tu querida esposa y musa.

² *Musée Grévin.*

ARAGON.- ¿Cómo voy a olvidarlo?

BEAUMANOIR.- Vamos a olvidar que acabamos muy mal.

ARAGON.- La culpa no fue mía...

BEAUMANOIR.- Claro, fue de Elsa. O Dominique o yo. Y ganó la musa.

ARAGON.- Te recuerdo que no querías dejar a tu marido.

BEAUMANOIR.- Claro. Hemos sido una pareja feliz.

ARAGON.- ¿Tal vez gracias a otras parejas?

BEAUMANOIR.- Tú también te repites, celebrado poeta. Te voy a castigar sin besos.

ARAGON.-

(La toma en sus brazos.)

Helecho, no puedes hacerme eso.

BEAUMANOIR.- (Burlona.) Si te pones así...

(Se besan.)

Y, ahora, márchate.

ARAGON.- ¿Ahora? ¿No estarás esperando a otro?

BEAUMANOIR.- No, ya habéis pasado todos. Y en riguroso orden cronológico.

ARAGON.- ¿Qué quieres decir?

BEAUMANOIR.- Me has entendido perfectamente. Vete, Louis.

ARAGON.- Me voy.

(Se besan. Después, se miran. Siguen abrazados. Siguen mirándose. Oscuro.)

III. Pacto

Escenario A. MADAME DE BEAUMANOIR y EL JUEZ despachan ante un buen montón de papeles.

BEAUMANOIR.- Me gustaría saber por qué yo.

EL JUEZ.- ¿Cómo?

BEAUMANOIR.- ¿Por qué me han elegido precisamente a mí como abogada?

EL JUEZ.- Al parecer, se contaba con esa pregunta. Tengo instrucciones para responder. Pero me ha caído usted muy bien y no quiero hacer trampas ni comedias. A ver. Aquí está. Madame de Beaumanoir. Si pregunta por qué ha sido seleccionada, se le responderá que por haber escrito las biografías paralelas de los tres personajes. Si insiste, se le

insinuará que ella lo sabe mejor que nadie. Si insiste aún, se le responderá con aspereza: Por favor, Madame... (**Ríe BEAUMANOIR. La secunda EL JUEZ.**) Bueno, creo que esto aclara cualquier duda, ¿no es así? Hasta yo mismo lo entendería.

(**Entra EL FISCAL. No le gustan esas risas.**)

EL FISCAL.- Esto no es juego limpio, colegas. La defensa se divierte con el tribunal. ¿Les parece correcto?

EL JUEZ.- Señor fiscal, eran unas risas inocentes.

BEAUMANOIR.- Muy inocentes. Pero provocadas por aquello en lo que nadie es inocente.

EL JUEZ.- (Ante la perplejidad del FISCAL, que se sienta junto a ellos.) Madame, no queremos jugar sucio. Tenemos más experiencia que usted, pero aquí no importa demasiado ni la experiencia ni el derecho. Otras cosas son más importantes, lo irá comprobando. Quiero advertirle algo. Sus defendidos no aceptan el tribunal. Es una costumbre reciente, de hace pocas décadas. Pero hay que tenerla muy en cuenta. Hay que hacer algo para que esos caballeros reconozcan de buen grado al tribunal.

BEAUMANOIR.- Lo dice como si hubiera manera de que lo aceptaran contra su voluntad.

EL JUEZ.- (Como si tuviera más poder del que en realidad dispone.) Ah, Madame, preferiríamos no tener que llegar a ese punto.

EL FISCAL.- Pero si hay que llegar, se llega, ¿verdad, señor juez?

EL JUEZ.- Eh... Sí, claro que sí. Se llega, y ya está.

BEAUMANOIR.- A mí se me ocurre algo. En primer lugar, que queden claras las imputaciones contra mis clientes. He vivido durante más de ochenta años en un país llamado Francia en el que periodistas, críticos y público en general disfrutaban levantando ídolos y volviéndolos a dejar caer. Los nuestros y los ajenos. Quiero asegurarme de que las cosas no van por ahí. En segundo lugar, he de ganarme su confianza. Y el tribunal también. Tendré que protestar de vez en cuando, es evidente que eso les gusta.

EL JUEZ.- Les propongo un pacto. Ustedes desarrollan su defensa y su acusación en entera libertad, y yo me limito a dirigir el tráfico con mis dos colegas del tribunal. La estrategia de la defensa, en efecto, ha de empezar ganándose la confianza de los defendidos.

EL FISCAL.- Estoy de acuerdo con su señoría.

BEAUMANOIR.- He visto los expedientes. Las acusaciones son muy vagas, o bien descienden a detalles escabrosos, insignificantes.

EL FISCAL.- Puede que a usted le parezcan insignificantes esos detalles, pero a veces tienen más significado del que parece.

BEAUMANOIR.- Eso tendrá que demostrarlo.

EL FISCAL.- Usted misma tendrá que demostrar lo contrario.

EL JUEZ.- Está bien. Guarden sus fuerzas para el estrado. Espero que nuestro pacto sirva para que las cosas funcionen. Habrá cargos generales y cargos concretos. ¿De acuerdo?

EL FISCAL.- Si no les importa, tengo la intención de desarrollar una estrategia de reconstrucción. Les explicaré en qué consiste...

EL JUEZ.- Por favor, es demasiado por hoy. Lleve usted la estrategia que le parezca más adecuada. Y lo mismo le digo a la defensa. ¿Alguna pregunta más?

BEUMANOIR.- Sí, una. ¿Por qué no está Sartre en este grupo?

EL JUEZ.- ¿Sartre? ¿Quién es ese Sartre?

BEUMANOIR.- No me diga que conoce usted a Pierre Drieu la Rochelle y no sabe quién es Jean-Paul Sartre.

EL JUEZ.- No me lo tome a mal. Pasan tantos por aquí. Y, sobre todo, hay tantas causas pendientes. Si usted supiera los retrasos que acumulan estos juzgados... Pero no se preocupe, querida Dominique. Me informaré sobre ese Chartres.

BEUMANOIR.- Sartre. Jean-Paul Sartre.

EL JUEZ.- Bueno, ya me lo dará por escrito. No hay prisa. Aquí nunca hay prisa, lo irá comprobando. Buenas noches. **(Mutis.)**

EL FISCAL.- ¿Quiere que le explique la táctica de la reconstrucción?

BEUMANOIR.- Bueno, algo oí nada más llegar...

EL FISCAL.- Se lo explico dos palabras. Es muy sencillo. Reconstruir es representar. Teatralizar. ¿Me comprende?

(Perplejidad de BEAUMANOIR. Oscuro.)

IV. Tertulia

Escenario B. El tribunal. Todos los personajes, en escena.

EL JUEZ.- Cargos generales y línea de defensa. (Al FISCAL y a BEAUMANOIR.) Señor fiscal.

EL FISCAL.- Con la venia de la sala. Se acusa al escritor Pierre Drieu la Rochelle de connivencia con el enemigo, de colaboración con las fuerzas de ocupación de Francia, de haber sido director de la *Nouvelle Revue Française* en representación de las fuerzas de ocupación, de haber militado en grupos políticos que predicaban la violencia, de haber hecho sufrir a compatriotas suyos, entre ellos unas cuantas mujeres, y de otros cargos que guardan estrecha relación con los apuntados. (A BEAUMANOIR.) Su turno.

BEAUMANOIR.- Con la venia. Drieu la Rochelle es uno de los grandes escritores franceses del siglo XX, que destacó en especial en la narrativa, el ensayo y el teatro. Mantuvo opiniones y relaciones políticas acaso polémicas, pero nunca hizo daño a nadie. Su obra es crítica, profunda y pesimista, pero en ningún momento deja ver lo que sugiere el ministerio fiscal. Y lo que importa en un escritor, en su obra.

Su turno.

EL FISCAL.- Louis Aragon. Se le acusa de haber sido secuaz de la Tercera Internacional, de haber adoptado durante décadas una actitud antinacional y totalmente al servicio de una potencia extranjera, la Unión Soviética, en contra del sistema de libertades de su país. Se le acusa de haber animado la caza de brujas en la posguerra, haber preparado con otros varias listas negras de sus propios colegas. Se le acusa de haber protegido mediocres y haber silenciado auténticos artistas. Al final de su vida, cambió de chaqueta. Su turno.

BEAUMANOIR.- Louis Aragon ha sido el gran poeta nacional, héroe de la Resistencia, y además el gran novelista de nuestro siglo, tanto en su época surrealista, como en la época del realismo de su ciclo *El mundo real* y en la posterior, con obras inolvidables sin las cuales Francia no sería artísticamente tan rica; y sin las que sería imposible comprender nuestro país. No cambió de chaqueta, sino que se limitó a rectificar errores concretos. M. Aragon fue condecorado con la cruz de guerra en los dos conflictos mundiales. Su turno.

EL FISCAL.- André Malraux. Se le acusa de haber dado una imagen falsa de sí mismo, como aventurero internacional, sin haberlo sido nunca. Se le acusa de ponerse al servicio de la Unión Soviética en los años treinta, animando movimientos teledirigidos desde Moscú e interviniendo en la aviación de la guerra civil española como sicario de la Unión Soviética. Posteriormente, renegó en apariencia de sus convicciones y puso todos sus esfuerzos al servicio del culto a la personalidad del general De Gaulle. Fue ministro de asuntos culturales durante una década y como tal dejó un legado intervencionista, burocrático y

sectario. Su turno.

BEAUMANOIR.- André Malraux fue un hombre que unió la obra de arte en la literatura y en la vida. Luchó contra el fascismo, defendió el gobierno legítimo de la República española y combatió en la Resistencia. En la posguerra consideró con total sinceridad que el sistema democrático-liberal y la defensa de Francia eran el camino más indicado para vivir en un sistema de libertades. Durante once años, entre 1958 y 1969 fue ministro de cultura con De Gaulle, y cambió por completo los contenidos y la imagen de la creación cultural francesa. Como línea general de esta defensa, desarrollaré lo que ya he expuesto en el libro que ustedes conocen: estos tres hombres defendieron a Francia, cada cual a su manera. Drieu creyó de buena fe en Alemania, Aragon en la causa comunista que se oponía al triunfo alemán, y Malraux en una vía puramente francesa, nacional, que defendió siempre con métodos democráticos. Los tres querían salvar a Francia. Repito: cada uno, a su manera.

**(Ha terminado la exposición general. EL FISCAL y
BEAUMANOIR, sentados, esperan las palabras del
JUEZ.)**

EL JUEZ.- Gracias, caballeros. He de advertir que nadie tiene que darle las gracias a nadie por haber salvado a Francia. Es indemostrable que Francia hubiera estado a punto de perderse y tuviera necesidad de ser salvada. Eso sí, si Francia se hubiera perdido podríamos traer a este tribunal a quienes la dejaron caer. Haber salvado a Francia es indemostrable y, además, no es una virtud. Dejarla caer o morir sí hubiera sido un vicio, una lacra, un delito, ¿me

comprende la defensa? Es como la honestidad. No es una virtud. Pero la deshonestidad sí es inmoral, y por lo tanto punible. (BEAUMANOIR **va a protestar. Se le adelanta EL JUEZ.**) ¡Desestimada la protesta! (AL FISCAL.) ¿Está usted listo?

EL FISCAL.- Lo estoy.

EL JUEZ.- Madame.

MADAME.- Quiero hacer notar que mi cometido es el de leer lo que pone aquí, y que en ningún momento me siento identificada con...

EL JUEZ.- (Interrumpe con brusquedad.) Ya lo sabemos, Madame. Y sin duda también lo saben los imputados. Lea usted lo que tiene que leer y no vuelva a interrumpir el procedimiento.

MADAME.- (Lee.) M. André Malraux, en agosto de 1934, se dirige de manera aduladora y fingidamente firme a sus colegas durante el I Congreso de escritores soviéticos.

(MALRAUX se ha levantado, pero permanece en silencio.)

En la Unión Soviética se han prohibido las facciones, las tendencias, las escuelas. Sólo hay un Sindicato. Se desencadena el terror. Y hacen falta bendiciones de fuera como la del muy popular André Malraux, que poco antes obtenía el Premio Goncourt por su novela *La condición humana*. Tiene la palabra André Malraux.

EL FISCAL.- (Imita a MALRAUX.) Vosotros y a podéis trabajar para el proletariado; nosotros, escritores revolucionarios de Occidente, trabajamos contra la burguesía.

MALRAUX.- ¡Protesto!

EL JUEZ.- ¡Silencio! Hemos quedado en que los encausados no protestan. Protesta, si acaso, la defensa. ¡Guarde silencio!

MALRAUX.- ¡Esto es ridículo!

EL JUEZ.- ¡Silencio!

EL FISCAL.- (Igual.) Sicológicamente, ¿cuál es, para nosotros, el carácter fundamental de la civilización comunista? Habéis tomado las mujeres oprimidas del zarismo y habéis confiado en ellas, y de ese dolor y de esa miseria habéis hecho la mujer soviética. Habéis tomado los niños, y habéis confiado en ellos, incluidos los niños abandonados de la guerra civil, y los habéis convertido en pioneros. Habéis tomado saboteadores, asesinos y ladrones, y habéis confiado en ellos, los habéis salvado y, con ellos, habéis construido el canal del mar Blanco³.

BEAUMANOIR.- ¡Basta!

EL FISCAL.- ¡Protesto, señoría! La defensa no respeta el pacto y quiere detener la representación de esta prueba contra el encausado Malraux. En este discurso, además de la

³ Para ambas intervenciones del fiscal «como Malraux», cf. A. Malraux: *La politique, la culture (Discours, articles, entretiens, 1925-1975)*. Gallimard, Folio, Ed. de Janine Mossuz-Lavau, 1996, pp. 104-105.

defensa de la esclavitud más que evidente en la alusión al canal del mar Blanco, hay un esbozo de lo que será el realismo socialista.

BEUMANOIR.- ¡Protesto!

EL JUEZ.- (Agita la campanilla.) ¡Orden! ¡Orden! Ya que no hay acuerdo en cuanto a este modo de prueba, basado sin embargo en las propias palabras pronunciadas por uno de los encausados, pasemos al segundo modo.

BEUMANOIR.- (A los acusados.) Caballeros, tengo que rogarles que pasemos a la fase de diálogo.

DRIEU.- ¡Qué lástima! Yo me estaba divirtiendo. La verdad es que el fiscal ése imita muy bien a mi amigo André.

MALRAUX.- Pues yo no le veo la gracia. (A BEUMANOIR.) ¿Qué se supone que tenemos que hacer ahora?

BEUMANOIR.- Tienen que hablar. Ya les expliqué antes.

ARAGON.- Hablar se nos da estupendamente a los tres. ¿De qué tenemos que hablar?

BEUMANOIR.- De lo que se les ocurra. Por ejemplo, a partir de ese fragmento de discurso que M. Malraux pronunció hace ya años.

MALRAUX.- Rogamos que se nos permita deliberar un instante entre nosotros.

EL JUEZ.- Tienen un minuto. Tal vez dos. Ni uno más.

(BEAUMANOIR y los tres acusados hablan entre sí. EL JUEZ y EL FISCAL también conversan, sin ser oídos por los demás.)

EL JUEZ.- ¿Se puede saber qué se propone usted?

EL FISCAL.- ¿Cómo dice?

EL JUEZ.- Comprendo que tenga usted una vena histriónica que acaso no pudo satisfacer en vida, pero ¡caramba! ¿Se da cuenta de que pone en ridículo el alto ministerio que representa?

EL FISCAL.- Creí que su señoría había comprendido mi método.

EL JUEZ.- ¿Método? No me haga reír. ¿Qué pensaba hacer ahora? ¿Imitar a Aragon recitando, o a Drieu la Rochelle echando bilis?

EL FISCAL.- Tengo preparadas pruebas semejantes contra ambos, y las he ensayado a conciencia.

EL JUEZ.- (Irritado.) Pues guárdese las para mejor ocasión. ¿No se da cuenta de que así no vamos a ninguna parte?

EL FISCAL.- Señoría, yo...

EL JUEZ.- Le prohíbo que use esos procedimientos. Ya tenemos bastante con estos tipos, como para que usted encima nos salga con su vis cómica. ¡Nada de teatro! ¿Entendido?

EL FISCAL.- (Desencantado.) Entendido, señoría.

¡Maldita sea!

BEUMANOIR.- (Regresa del conciliábulo con los acusados.) Estamos dispuestos, señoría.

EL JUEZ.- (A los acusados.) Caballeros...

(Los acusados se miran entre sí. DRIEU y MALRAUX acaban señalando a ARAGON, que accede -aunque finge contrariedad.)

ARAGON.- Bien. En mi opinión, esto va a ser un proceso monstruo contra todo lo que huelga a comunista. Eso era en 1934, ¿verdad? Qué tiempos. El enemigo era muy claro y yo era más o menos feliz. Me había peleado con gente indeseable como Pierre Drieu, André Breton y Nancy Cunard. Viejos amores. Y vivía con la mujer de mi vida. Sí, con Elsa, a la que tanto odian Pierre y tantos otros. Supongo que la tendrán escondida por ahí, para acusarla también a ella.

MALRAUX.- Eran los tiempos de André Gide, una de tus bestias negras.

ARAGON.- Ocasionalmente lo fue. ¿Qué es lo que va a quedar de él? *Los monederos falsos*, poco más⁴. Por entonces, mi auténtica bestia negra fue Pierre. Lo digo ahora que está él delante.

DRIEU.- Te agradezco el honor. Pero aquello me hizo reír

⁴ Cf. *Aragon parle avec Dominique Arban*, p. 39.

mucho. El joven aventurero Malraux, el surrealista convertido en comunista Aragon y otros cuantos intentan manipular al viejo Gide. Pero éste va a Rusia y vuelve diciendo lo que ha visto en el infierno soviético. Os salió el tiro por la culata.

MALRAUX.- Pierre, hay más ocasiones de risa si miramos aquellos años con perspectiva. Año 1934. La época del compromiso, de la lucha contra el fascismo. La Mutualité, el apoyo a la URSS, la revuelta ultraderechista del 6 de febrero... Los comunistas las apoyaron, no hay que olvidarlo. ¿No es para reírse?

ARAGON.- (Que a estas alturas ya polemiza con calor.) Pero después vino el día 9, tampoco hay que olvidarlo. Nos desquitamos. Tú entonces estabas con los comunistas, ten cuidado con lo que dices.

MALRAUX.- Bueno, el gran nazi de 1940, Jacques Doriot, era también comunista por entonces.

ARAGON.- (Ríe.) Tampoco me olvido de eso, canalla. Hay que ver con qué entusiasmo sacaba la revuelta del día 6 nuestro amigo Pierre en aquella vomitiva novela, Gilles. A cualquier cosa le llaman novela.

DRIEU.- También te sacaba a ti.

ARAGON.- Bastante favorecido, por cierto. Para ser un maricón comunista, mi retrato resultaba hasta simpático.

MALRAUX.- Había otro André por entonces, otro tocayo o mío. ¿Por qué rompisteis Breton y tú?

ARAGON.- Las *boutades* nunca han hecho grande a nadie. Pero pueden concederle notoriedad. André, no seas

hipócrita. Yo fui de la panda de Breton, con él y con Philippe fundé el surrealismo. Pero tú nunca creíste en eso. Ni en los *Cantos de Maldoror*, que agitábamos como un arma arrojadiza. Entonces tú eras de aquel grupo, Pierre. No pretendo justificarme, ya soy muy mayor y acabo de morirme, y por eso estamos todos juntos y Madame de Beaumanoir toma notas... Cada uno tiene su coqueluche, y yo tuve la mía. Bueno, el André más importante no es Gide, aquel viejo egoísta, como le pareció a sus contemporáneos. Además, qué importa. Murió hace mucho tiempo, durante la cuarta República.

MALRAUX.- Se supone que tengo que darte las gracias.

ARAGON.- Como quieras. Dejaste muy pronto de escribir novelas, que es lo que mejor se te daba. Aunque, ¿qué son las *Antimemorias* sino una novela?

MALRAUX.- ¿Y qué es *La mise à mort* sino un intento de ocultar unas memorias?

ARAGON.- (Ríe.) Me está bien empleado. Si tuviera champán a mano, brindaría por ti, viejo renegado. Pero me parece que vamos a aburrir a Pierre si seguimos así. Esos libros los hemos escrito mucho después de morirse él.

DRIEU.- ¿Has dicho la cuarta República...? ¿Cuántas repúblicas lleváis ya?

ARAGON.- Estamos en la quinta. El presidente es ahora Mitterrand. ¿Te acuerdas de él? Te sonará más como capitán Morland. Uno de los amores de entonces del narizotas de Londres, un radical disfrazado de socialista. Se pretende escritor, pero sólo es un político marrullero. Un año antes de morirme me impuso la legión de honor.

MALRAUX.- Siempre fingiste desdeñarla. Hubiera querido dártela yo.

ARAGON.- (Molesto.) Era ya tan viejo que no pude negarme. Todo por la unión de la izquierda. ¡Cómo han cambiado las cosas! Me tenías que haber visto hablando mal del partido, del aparato.

MALRAUX.- Aprendiste mucho de los jóvenes del 68.

ARAGON.- No quiero quitarles mérito, pero yo había empezado antes. Desde lo de Slansky, más o menos. El lamentable asunto Kravshenko, el asuntillo del retrato de Stalin, lo de Budapest y lo de Praga... Pero es que la guerra y el fascismo nos habían atado de pies y manos. Era el horror nazi o la equivocación soviética. Y pensábamos que, después de todo, las equivocaciones tienen arreglo. Qué asco. Me estafaron precisamente con aquello en lo que creía, con aquello que di sin regatear. Porque no me gusta regatear con esas cosas. Me duele, sí, pero no voy a quejarme. **(Como si se dirigiera al tribunal.)** No voy a dar el espectáculo del comunista arrepentido que espera que le absuelva la posteridad, con su cómoda perspectiva. No crean que les envidio sus vacíos en lo que se refiere a creencias, su escepticismo consumista ni su autocomplacencia postmoderna. Son ustedes tan esclavos que ni siquiera se dan cuenta de que llevan la cadena puesta. **(Un silencio.)** Cuando yo era joven, todo se llenó de muertos. Todo el mundo tenía un montón de muertos por la maldita guerra. Si todos mueren, por qué voy a sobrevivir yo. Diga lo que diga Freud, el yo no descrea de su propia muerte, y el mío se llevó una buena sorpresa cuando llegó el 11 de noviembre y todavía seguía en este mundo. Por entonces no sabíamos lo que significaba vivir en un mundo sin muertos, donde no se

hubieran muerto ni los amigos, ni los padres, ni los maestros, donde todo el mundo sobreviviera, como ahora. ¿Cómo no iba a afiliarme al Partido Comunista, cómo no iba a pedir el carné del único partido que estaba contra la guerra de Marruecos, contra todas las guerras? Pero yo no podía adivinar... Nunca fui Madame Soleil.

DRIEU.- Me enterneces, Louis. Se ve que nos has cambiado gran cosa. Pacifismo, ternurismo, cobardía, justificación burguesa... ¿Qué piensas de ese discursito, André? Tú tienes más elementos de juicio.

MALRAUX.- También a mí me enternece, pero yo lo digo sin ironía. Louis Aragon. Genio y figura. Siempre fuiste un rebelde que se pasó la vida buscando un amo a quien servir.

ARAGON.- (Se recupera. Mordaz.) Pierre tampoco lo tuvo fácil. Él siempre buscó un jefe, un dictador, una causa personificada, un tirano que le atara corto, como su padre. Te sorprenderían algunas cosas, querido Pierre. Por ejemplo, las ideas que tú defendías son ahora el patrimonio de un grupúsculo capitaneado por un tuerto.

MALRAUX.- ¿Aún os odiáis Pierre y tú?

DRIEU.- ¡Claro!

ARAGON.- Probablemente yo le odie más. Hace menos tiempo que he muerto. He sobrevivido cuarenta años.

DRIEU.- Pero yo he estado aquí, esperándote. Odiando.

ARAGON.- Lo celebro. Aunque estés muerto, existes. Existes porque odias a Aragon y a toda su parentela.

MALRAUX.- Pierre, aunque fueras un fascista, eras mi amigo, como lo fuiste de este cascarrabias, que se empeña en hurgar en las heridas. Es una pena que te fueras tan pronto.

DRIEU.- No quería darle a nadie la oportunidad de que me depuraran. Sabía que los amigos de Aragon me buscaban. Me hubieran fusilado, como a Georges Suárez o a Brasillach, o me hubiera tenido que marchar a Suiza, o a España.

ARAGON.- ¡Vaya, Pierre...! Ahora resulta que Brasillach, ese masticador de judíos, era amigo tuyo, quién lo hubiera creído.

DRIEU.- No eres tú el único amigo maricón que he tenido.

ARAGON.- (Ríe, ante el arrebató de DRIEU.) Hay quien tiene una visión conspirativa de la historia. Tú tienes una cosmovisión que podríamos llamar la de la Panmariconería. Todo lo han hecho los maricones, que son peores aún cuando son judíos y comunistas.

MALRAUX.- (Sujeta a DRIEU, claramente dispuesto a la violencia.) ¡Eh, basta ya! Estamos dando un espectáculo lamentable. Han pasado cuarenta años.

ARAGON.- Para todo el mundo, André. Incluidos los judíos deportados.

MALRAUX.- Te recuerdo, Louis, que Pierre ya pagó por ello. Además, ahora quisiera hacerle algunas preguntas. Pierre, sé que pudiste salvarte, pero por alguna razón te negaste a ello.

DRIEU.- Déjalo, André. Yo me quería morir, y ya está. Las razones más elevadas se unían a las más bajas para gritarme: quítate la vida. Eran razones tales como el orgullo

y el miedo de ser despedazado por la gentuza resentida, pero también el deseo de rematarme en mi mejor momento⁵. Me salvaron demasiadas veces, y lo de marcharme a Suiza me revolvió las tripas. Lo de España, quién sabe, podría haber sido divertido.

MALRAUX.- Emmanuel d'Astier intentó llevarte a Suiza, pero llegó tarde. En cuanto a España, el paraíso franquista, no creo que lo hubieras pasado bien, entre tanto cura y tanta beata.

DRIEU.- Franco nunca fue un fascista. Era un reaccionario de mierda, un pequeño burgués. Los nazis se fiaban siempre de viejos reaccionarios, no de sus partidarios. Doriot no consiguió más que morir con uniforme alemán. Preferían a Pétain, a Laval. La vieja escuela.

ARAGON.- Tú lo sabes muy bien, Pierre. Estuviste dispuesto a formar gobierno en Vichy. Esperabas que te llamaran, pero prescindieron de ti y de Doriot. ¿Por qué? ¿Porque erais demasiado fascistas para los nazis? Me asombra tu decepción porque Alemania no os ayudara a crear un auténtico partido fascista. ¿Pretendíais que la propia Alemania ayudara a una colonia suya a reforzarse, a recuperarse, a ser independiente? Los vichistas y los colabós erais personal de servicio. Un partido fascista fuerte hubiera significado que os trataban en plan de igualdad. Pobre iluso. Además, Doriot y tu erais demasiado locos. Parece mentira, Pierre, ser ministro en un gobierno títere de Alemania era toda tu manera de amar a Francia.

DRIEU.- Tú siempre estuviste dispuesto a ser un títere de

⁵ Cf. *Journal*, 9 de agosto de 1944.

Rusia. Y no creas que me parece lo mismo. Tú querías esa sujeción, buscabas esos grilletes. Yo, en cambio, hubiese querido salvar a Francia así, con los nazis, porque ya estábamos metidos en la mierda.

MALRAUX.- Y, ya lo ves, quien la salvó fue el general De Gaulle.

ARAGON.- ¡Valiente fantoche! ¿Qué habría sido de De Gaulle sin los comunistas de dentro y los americanos de fuera? Querido André, tú mismo te negaste a entrar en la Resistencia hasta que entrasen los americanos en la guerra. Aunque, no creas, comprendo muy bien que le rindas tributo al viejo narizotas. Fue tu segunda salvación.

MALRAUX.- ¿La segunda? Según eso, hubo una primera.

ARAGON.- Pierre, ¿sabías que De Gaulle, poco antes de morir, hizo un viaje a España y se abrazó con Franco en plena campaña? Chocheaba ya, y se puso en evidencia.

DRIEU.- No es inverosímil. Dos viejos reaccionarios. Entonces, cuando venció vuestra coalición comunista-burguesa no cayó Franco.

ARAGON.- Duró mucho. Hasta 1975.

DRIEU.- ¡No puedo creerlo!

ARAGON.- Tuvo la inestimable ayuda de amigos de André Malraux, como un tal Michel Debré, un Laval fuera de tiempo, con más ganas de sonreír y con menos oportunidades, una perla *vichyssoise* bajo la Quinta República. Y, desde luego, sus amigos americanos, grandes libertadores, sí.

MALRAUX.- También hay que recordar las responsabilidades de Stalin y de los propios comunistas españoles, que eran cualquier cosa menos clarividentes, y que allá por 1968 se hicieron tolerantes y liberales, como tú, repentinamente. Pero no te evadas, Louis, quiero que me digas cuál fue, según tú, mi primera salvación. **(Un silencio.)**

ARAGON.- Atrévete a negar que lo fue la muerte de Josette.

MALRAUX.- Lamento decirlo, pero creo que tienes razón.

ARAGON.- En el fondo, siempre has sido un hombre sensato. Josette te apartó de la Resistencia, a la que llegaste sólo cuando era un caballo ganador. En cambio, Elsa Triolet me impulsó a ella desde mucho antes de estallar la guerra. Pierre odiaba a Elsa. Pero su odio hacia Elsa era una manera de poder odiarme más a mí. Josette te contuvo cuando ser resistente era peligroso, y se mató en un accidente de manera providencial, para que te convirtieras de nuevo, pero ahora en tu país y en tu guerra, en el coronel que habías sido en la guerra de España. Has sido un hombre afortunado, además de prudente.

DRIEU.- ¡Tú mismo dices que Josette murió en un accidente...!

MALRAUX.- Es una licencia poética. Louis Aragon es uno de los mayores poetas de Francia. Ya me habían herido y habían fingido fusilarme. Pero tu argumentación es válida, y lo digo sin segunda intención. Sí, tal vez fui prudente. En cualquier caso, no fui un suicida. ¿Sabes, Pierre? Mucho antes, mientras yo apoyaba la unión de los intelectuales y artistas en Francia, mientras yo buscaba apoyos para la

Unión Soviética, mientras yo luchaba por la República española en contra de ese militarzuelo impotente apoyado por Hitler en contra de su propio pueblo, mientras yo hacía todo eso un canalla llamado José Stalin encarcelaba, torturaba y obligaba a firmar falsas inculpaciones a amigos míos, a intelectuales auténticos. Así que me puse al servicio de De Gaulle, no de una potencia extranjera que me habría aniquilado a mí y a los míos, que habría instalado el terror y borrado lo mejor de la cultura histórica francesa a favor de un resentimiento asiático de la peor especie.

ARAGON.- André, especialista en asuntos asiáticos, te diré que eso merece más de una respuesta...

MALRAUX.- Hay otra cosa muy importante, y esto lo vivió Pierre desde su lado. ¿Cuánto tardaron los comunistas franceses en enfrentarse a Alemania? ¡No lo hicieron hasta que la URSS no fue invadida!

ARAGON.- ¿Y qué temíais más en mayo y junio de 1940? ¿La entrada de los alemanes en París o una fantástica insurrección comunista con centro en La Villette? Esto sí que lo recordarás, Pierre. Así defendía ese pobre Reynaud la Francia acosada por el norte.

MALRAUX.- (**Se ha ido acalorando.**) ¿Me vas a negar que, hasta que no recibisteis órdenes de Moscú, ni el triunfo del fascismo ni la suerte de vuestra patria parecía conmovedora? El pacto entre Molotov y Ribentrop obligaba a proclamar que daba lo mismo la Alemania de Hitler que la Francia republicana. ¡Traicionasteis a vuestra patria! No por convicción, como Pierre, sino por el dictado de una potencia extranjera. Para Hitler era muy útil, para Francia era la ruina. Los comunistas tardasteis en montar una resistencia. ¡Hasta que os lo ordenó Moscú!

ARAGON.- ¡Mientes! ¡Yo era François La Colère cuando tú te paseabas por el Midi enseñando fotos tuyas disfrazado de aviador al servicio de la República española! ¡Ah, España! ¡Ahí se te escapó todo el fuelle! ¡Aquello te dio derecho a cinco años de vacaciones, a madurar en el placer de beber whisky y fumar cigarrillos americanos!

(Silencio. DRIEU se impacienta.)

DRIEU.- (Al JUEZ.) Señoría, ¿vamos a tener que seguir así mucho tiempo? Esto empieza a resultar aburrido. Y bastante ridículo.

EL JUEZ.- Pensé que le divertía enterarse de tantas cosas.

DRIEU.- Las sabía ya. Sé que ha habido cinco repúblicas, y que me he perdido dos de ellas. Tal vez no debería lamentarlo.

ARAGON.- Señoría, me fatiga fingir pequeños rencores contra Pierre Drieu la Rochelle, cuando los que siento son monumentales.

DRIEU.- Eras maricón y comunista, sí. Pero aunque siempre fuiste maricón, tardaste en hacerte comunista. Te hizo falta la puta rusa.

ARAGON.- Señoría, lo nuestro no debe reducirse a palabras. Estoy dispuesto a golpear a este cabrón si la sala no tiene inconveniente.

MALRAUX.- Señoría, todo esto empieza a ser bastante chusco. ¿Van a sacar otra vez a ese payaso que trabaja de

fiscal en los ratos libres para que haga imitaciones de Aragon y de Drieu? Podría hacerlas también de Mistinguett y de Josephine Baker, se le notan cualidades.

EL JUEZ.- Señores, deberían estar encantados. Se han seguido las instrucciones de su abogada, Madame de Beaumanoir. Consulten con ella. Por el momento, se levanta la sesión durante veinte minutos. Vamos a tomar café.

(Martillazo. Oscuro.)

V. El ángel exterminador

Escenario B. BEAUMANOIR y EL JUEZ, solos.

EL JUEZ.- Tengo larga experiencia como juez. Pero desde hace tiempo, los juicios no son como antes. Antes, todo el mundo se allanaba, pasaba por el aro. Ahora, se contesta la legitimidad del tribunal.

BEAUMANOIR.- Qué legitimidad es ésa. ¿Tienen legitimidad?

EL JUEZ.- En confianza, le diré que no tenemos ninguna. Si acaso, la que nos da el tiempo. Pero el tiempo cambia, y de repente parece que fuéramos nosotros los acusados. Antes, llegaban aquí, se les sugería que podrían ser culpables y que se les iba a juzgar. Y aceptaban. Se sorprendería de los juicios que hemos tenido. El propio Napoleón. Yo empezaba por entonces, no era siquiera presidente del tribunal. Tenía

que haber visto a Napoleón, ahí sentado, digno pero nervioso, no muy seguro de que sus grandes hazañas le sirvieran en este caso. Y muchos, muchos más, como Bismarck, como el propio Lenin.

BEUMANOIR.- Me deja usted de piedra, señoría.

EL JUEZ.- Por lo que percibo del mundo de los vivos, las cosas han cambiado mucho. Ya nadie se considera conservador, e insulta a todo el mundo tachándole de conservador. Antes, la rebeldía era la excepción. El rebelde era un ser excepcional que hacía avanzar el mundo. Corríjame si me equivoco, Madame, pero creo que en el mundo que acaba de dejar usted cualquiera se considera un rebelde, un demócrata y un vanguardista, aunque sea tan acomodaticio y filisteo como siempre lo ha sido el hombre medio.

BEUMANOIR.- Veo que está usted bien informado. **(Burlona.)** Pero, después de todo, y corríjame si me equivoco, ¿no es en virtud de esa sensibilidad tan dudosa que ustedes entablan proceso contra mis defendidos?

EL JUEZ.- **(Hostil.)** Madame, creo que no se hace cargo de la gravedad de lo que se le imputa a esos defendidos suyos. Si las cosas siguen así voy a tener que echar mano del ángel exterminador, y tanto sus clientes como usted serían los primeros en lamentarlo.

BEUMANOIR.- ¿El ángel exterminador? ¿Está usted de broma?

EL JUEZ.- No, ni mucho menos.

BEUMANOIR.- Tengo que hablar con mis defendidos.

EL JUEZ.- Por favor, no les diga nada del ángel exterminador. Es mejor arreglar las cosas entre colegas.

BEAUMANOIR.- Pero usted mismo dice que no tiene legitimidad.

EL JUEZ.- No me tome usted tan al pie de la letra. He querido decir que la legitimidad es algo convenido, o no lo es. Si no hay acuerdo, hay que acudir a instancias superiores. Arriba. Y ahí entraría el ángel exterminador.

BEAUMANOIR.- En cualquier caso, tengo que hablar con ellos.

EL JUEZ.- Hágalo, pero de esto, ni una palabra.

BEAUMANOIR.- Confíe en mí.

EL JUEZ.- Júrelo.

BEAUMANOIR.- Lo juro.

(Se dan la mano. Sale BEAUMANOIR.)

EL JUEZ.- El ángel exterminador... Qué cosas tiene uno que decir. Pero qué puedo hacer, si hasta los muertos han perdido la vergüenza y el respeto.

(Oscuro.)

VI. Tiempo

Escenario B. MALRAUX y DRIEU, solos.

MALRAUX.- Me molesta esperar tanto. Lo sabes de sobra, lo hemos dicho y repetido.

DRIEU.- Claro que lo sé.

MALRAUX.- Pero cada día descubro algo más molesto que lo del día anterior. Una de esas cosas es el noticiario, lo mismo el televisado que el radiado. En estas zahúrdas en las que reina la omnisciencia, aunque ni tú ni yo participemos de ella, se nos dan las noticias ya depuradas. ¿No te has dado cuenta? ¿Por qué hay tantos días en que no hay noticias? Porque alguien las selecciona.

DRIEU.- ¿Censura?

MALRAUX.- No, no es censura. Es una selección. Los omniscientes podrían conectarnos con la CNN, pero prefieren hacer una selección. Como son omniscientes, saben qué noticias tienen sentido y trascendencia, y sólo nos dan esas. Aparte de los deportes, claro. Pero el contemporáneo de nuestro tiempo, del mío y del que vino después, cree vivir acontecimientos históricos a cada momento: nacimiento de una nueva era varias veces al mes, muerte de la novela y del teatro, de la ópera y de la letra impresa, apocalipsis ahora, qué sé yo... Esa ilusión desaparece aquí. Con su mejor voluntad, y puesto que no tienen la servidumbre de emitir 24 horas al día, sólo nos dan aquellas noticias que un día tendrán continuidad e interés.

DRIEU.- Pero aquí no hay ni 24 ni 12 ni 6 horas. No hay

horas.

MALRAUX.- Tú no viviste lo suficiente, no sufriste lo abrumador de los medios sobre lo cotidiano y sobre las conciencias. Y se ve que la cosa fue en aumento. Todos los días había que llenar emisoras de radio, periódicos, revistas y cadenas de televisión con noticias, cuando no sucedía nada importante. Accidentes, que aquí nos evitan. Asesinatos privados y terroristas, que aquí desdeñan, excepto cuando eso va a traer cola. Y ellos saben lo que trae cola y lo que sólo es espejismo para el pobre contemporáneo, que necesita y quiere sentirse coetáneo de lo trascendente.

DRIEU.- ¿Preferirías ese torrente de noticias?

MALRAUX.- Sería síntoma de mi libertad para elegir. Me intentan engañar, luego soy libre.

DRIEU.- Me engañan, luego me han quitado algo de mi libertad.

MALRAUX.- Soy un engañado, luego puedo dejar de serlo, y por todo eso soy esencialmente libre, lo sepa o no. Depuran las noticias. Pero sólo cuando son irrelevantes. Depuración. Nadie mejor que tú podía haber utilizado esa palabra en este caso.

DRIEU.- ¿Nadie? Hay alguno mejor. Piensa en nuestro vecino Brasillach.

MALRAUX.- Siempre fue desagradable. Lo sigue siendo. Felizmente, y ano puedemandar judíos a Drancy. **(Silencio.)** No pongas esa cara, Pierre. Tú no mandaste ningún judío a Drancy. **(Silencio.)**

MALRAUX.- Me acuerdo a veces de tu primera mujer.

De Colette.

DRIEU.- Era judía.

MALRAUX.- Encantadora. Buena. Generosa.

DRIEU.- Desde luego. Y también pesadísima. (**Ríe MALRAUX.**) Me molesta esperar.

MALRAUX.- Claro.

DRIEU.- Pero si espero es que estoy equivocado.

MALRAUX.- ¿Cómo?

DRIEU.- Si espero, es que hay horas. 24 horas, 12, 6 horas. Tiempo. Ya sabes.

MALRAUX.- Hay tiempo, pero sólo para esperar.

DRIEU.- ¿No para lo demás?

MALRAUX.- No, lo demás está seleccionado. Como las noticias.

DRIEU.- ¿Censura?

MALRAUX.- No, no es censura.

(Oscuro.)

VI. Arte poética

Escenario B. Todos los personajes, en escena.

EL FISCAL.- Louis Aragon, poeta de verbo fácil, novelista demagogo que intenta agitar la lucha de clases. Sus novelas del *Mundo real* son mecanismos de relojería que al dar la hora accionan una bomba. Son planes minuciosos que denuncian un rencor paciente pero capaz de esperar su oportunidad. Confiese, M. Aragon, ¿cuál es su procedimiento como autor de novelas, cuál su ingeniería como fabricante de proyectos como la novela *Les voyageurs de l'impériale*, en la que multitud de personajes, situaciones y comportamientos se acoplan con perfección digna de mejor causa?

(Silencio. Estupor de ARAGON. ARAGON, por fin, ríe.)

ARAGON.- Joven, creo que desbarra. Y está muy mal informado, no se ha documentado. Como novelista, siempre he sido enemigo de hacer planes narrativos. Me basta con una idea de partida. Lo demás lo voy sabiendo a medida que escribo⁶.

EL JUEZ.- Eso no es posible, M. Aragon. A menudo se advierte todo un plan, que responde a una idea general de los acontecimientos narrados y al objetivo ideológico concreto, esto es, el enemigo a destruir. Actúa usted en sus novelas como un agente de una potencia extranjera, cargado de odio

⁶ Cf. *Aragon parle avec Dominique Arban*, p. 117.

hacia la sociedad democrática.

ARAGON.- Democrática, no. Sólo burguesa. Y esa sociedad se fue destruyendo sola. La prueba es que ahora hay otra sociedad burguesa, muy distinta. Alguien tenía que contarlo, y lo hicimos varios, cada uno a nuestra manera. Mi buen amigo Pierre lo hizo a la suya. Nunca hice planes, puedo asegurarlo. No sé por qué iba a negarlo de haberlos hecho. No soy ingeniero ni arquitecto de la novela, soy un enamorado de la narrativa al que le gusta escribir las novelas que no tiene en su biblioteca. Convivo con mis personajes, los conozco, y a veces, sin darme cuenta, preparo lo que va a ser de ellos, porque ellos actúan con libertad, sin contar conmigo. ¿Ha leído usted mi novela *Blanche o el olvido*? Philippe estrangula a Marie-Noire. Yo no sabía que Philippe iba a hacerlo hasta el momento mismo en que lo hizo. Me sorprendió tanto aquello que yo escribía, que releí lo que llevaba redactado del manuscrito. Y entonces vi que en páginas muy anteriores había al menos cinco preparaciones claras del crimen. Me quedé estupefacto, pero ahí estaba, aunque yo no sabía nada⁷. Yo nunca he escrito mis novelas, yo las he leído, es decir, que ante el desarrollo del texto yo era un lector, y no sabía más que cualquier otra persona; para que me entienda: al escribir una historia nunca supe quién era el asesino⁸.

EL FISCAL.- Permítame que dude de sus palabras.

ARAGON.- Puede usted dudar lo que quiera, joven. Esas dudas no son nada cartesianas. Son las dudas de quien ha

⁷ Cf. *Íbid.*, p. 118.

⁸ Cf. *La mise à mort, Le mérou (Après-dire)*. Ed. Folio, p. 509.

perdido la brújula, o nunca tuvo una. La novela y el teatro tratan de aquello que la ciencia no alcanza todavía a comprender. Son una manera de llegar a conocer, de saber, de aprender, de hacerse preguntas. O, si no, no son ni novela ni teatro. Sepa usted que hacer hijos es más sencillo que hacer personajes⁹.

El FISCAL.- (Está convencido, por el tono emocionado de ARAGON, de haberle quebrantado.) Me parece una argumentación sumamente pobre. Habla así ahora, pero ahí están sus novelas de antaño, las del supuesto realismo, las que le acusan sin misericordia. Porque usted no tuvo misericordia. ¡No! ¡No la tuvo! **(Ufano, le cede la palabra a BEAUMANOIR.)**

BEAUMANOIR.- Con la venia. Creo que el tribunal se hará cargo de la insuficiencia de la acusación en este caso concreto. No quiero ofender a mi colega, pero me parece evidente que lo ignora todo sobre la técnica artística en general y la manera de escribir una novela en particular. Las grandes construcciones narrativas parecen producto de un plan y un oficio. La mayor parte de las veces, sin embargo, no hay tal plan; al menos, si se trata de una gran novela. Sí hay oficio, pero ese oficio no es precisamente el que se aprende en las escuelas de oficios. La poesía y la narración van con el deseo, no con el hecho establecido. Con el fuego, no con el sistema. Ese deseo, ese fuego, suponen para el novelista una obligación detrás de otra que le impone la verdad de la novela, y las tiene que cumplir. Gracias a esas obligaciones, a esa sanción inmanente e implacable, tiene autonomía la novela, tiene su exactitud y tiene su falsedad. Tiene su luz. Si se pudiera escribir el poema o la novela que

⁹ Cf. Íbid, p. 514.

uno decide, no habría ni novelas ni poemas, no habría más que versificación y relatos edificantes¹⁰. Un novelista no escoge los asuntos que trata. Son los asuntos mismos los que le escogen a él, al novelista¹¹. Espero no tener que extenderme en cosas tan obvias. Pido a este tribunal que se retire esa acusación sobre planes y objetivos siniestros.

EL JUEZ.- Mis colegas y yo consideramos retirada la acusación. Y solicitamos del ministerio fiscal una concreción mayor en los cargos. El fiscal habrá de prescindir de juicios de intenciones, de objetivos, de modos de expresión poéticos, etc. etc. De no ser así, este tribunal le recordará, o verá con buenos ojos que lo recuerde la defensa, que los cargos son por comportamientos; y que si bien una novela puede constituir un comportamiento, nunca lo es una forma de expresión, una gramática, una técnica o un desarrollo.

(Desconcierto del FISCAL. Entusiasmo de los acusados: ARAGON lanza un «bravo», secundado por los otros dos.)

EL JUEZ.- (Agita la campanilla.) ¡Orden! ¡Orden! Les advierto a los acusados que este tribunal no necesita que lo jaleen.

¹⁰ Desde «La poesía y la narración van con el deseo...», cf. *François Taillandier: Aragon, 1897-1982. 'Quel est celui qu'on prend pour moi?'.* Fayard, 1997, pp. 137-138.

¹¹ Cf. *Íbid.*, p. 96.

(Risas generales. Los acusados jalean con mayor entusiasmo y escándalo, y provocan la cólera siempre predispuesta del señor JUEZ, que se dedica a dar martillazos y tratar de imponer orden. Oscuro.)

VIII. Consultorio

Escenario A. BEAUMANOIR, sola, con sus expedientes. Llega MADAME.

MADAME- (Con timidez.) Madame de Beaumanoir.

BEAUMANOIR- Madame.

MADAME- No quisiera interrumpirla...

BEAUMANOIR- No se preocupe. Me encanta que haya venido... por fin.

MADAME- ¿Tendría que haber venido antes?

BEAUMANOIR- No importa. El caso es que ha venido.

MADAME- Tengo que preguntarle algo. Pero no sé si usted...

BEAUMANOIR- Inténtelo.

MADAME- Madame de Beaumanoir... ¿Quién soy yo?

BEAUMANOIR- (Vacila, pero sabe que no se le debe notar.) Usted es Madame... Y eso quiere decir mucho.

MADAME- Tal vez. Pero yo no sé lo que quiere decir.

BEUMANOIR- ¿De veras no sabe usted...?

MADAME- No, no lo sé.

BEUMANOIR- Bueno, yo no lo sé a ciencia cierta. Pero tal vez pueda ayudarla.

MADAME- Se lo ruego.

BEUMANOIR- Tiene usted que enfrentarse a los acusados.

MADAME- ¿Enfrentarme?

BEUMANOIR- No es esa la palabra. Intentaré explicárselo. A ver, déjeme que la mire. Viste usted muy bien. Desde el principio me llamó la atención. Pero creo que ésta no es la manera...

MADAME- ¿Qué debería hacer...?

BEUMANOIR- ¿Le importaría quitarse ese vestido?

MADAME- ¿Cómo dice?

BEUMANOIR- Créame que lo considero necesario. No es curiosidad morbosa.

MADAME- Está bien.

(No sin complicación, MADAME se va despojando de su vestido.)

BEUMANOIR.- ¿Ve usted? No es fácil quitárselo. Puede resultar disuasorio.

MADAME.- ¿Disuasorio? No comprendo.

BEUMANOIR.- ¿Conoce bien a los hombres? Me sorprendería que me dijera que no.

MADAME.- Sí... los conozco... Creo que los conozco bien.

BEUMANOIR.- Entonces, sabe a lo que me refiero. En las actuales circunstancias, tiene que resultar usted... más accesible.

MADAME.- No sé si empiezo a comprenderla.

BEUMANOIR.- (El vestido ya está en sus manos. MADAME queda en ropa interior.) Sí que empieza, sí. Bien, bien. Es usted una auténtica preciosidad. ¿Le importaría quitarse el sostén?

MADAME.- ¿También el sostén?

BEUMANOIR.- No son necesarios esos remilgos. Hágalo, por favor. Así la ayudaré en lo que ha venido a buscar.

(MADAME se despoja del sostén. Exclamación admirativa de BEUMANOIR.)

¡Qué bella es usted! Nunca fui lesbiana, pero me dan tentaciones de reproducir con usted la pintura aquella de la Escuela de Fontainebleau.

MADAME- (Halagada, incluso divertida.) Hágalo, por favor. Quiero que haya confianza entre nosotras.

BEUMANOIR- Permítame.

(En efecto, BEUMANOIR toca uno de los pezones de MADAME como en la pintura a la que se acaba de referir. Repentinamente, ambas estallan en animadas risas.)

Bueno, creo que le falta algo.

MADAME- ¿No debería continuar quitándome cosas?

BEUMANOIR- No, querida colega. Déjele algo a él.

MADAME- ¿Él? ¿Quién es él?

BEUMANOIR- Bueno, cada vez uno distinto. Ya lo irá comprendiendo.

(Toma una gabardina del perchero.)

Póngase esto.

MADAME- ¿Sin nada encima?

BEUMANOIR- Sin nada. Creo que ha olvidado usted cómo son los hombres y qué sencillos son sus apetitos. Yo acabo de llegar, y todavía los tengo muy presentes. (MADAME se ha puesto la gabardina.) Perfecta. Siéntese

aquí, por favor. Escúcheme con atención. (**Se sientan ambas.**) Aparecerá uno de ellos. ¿Me comprende? Usted le llamará por su nombre de pila, insinuante pero sutilmente; doliente, pero no anhelante; más deseable que deseosa. ¿Me comprende?

MADAME- Sí.

BEUMANOIR- Usted le llama por su nombre de pila. Entonces, él y usted, se miran. En ese momento, deberá usted hacer lo siguiente.

(Oscuro.)

IX. Poderosa Afrodita

Escenario A. En escena, BEUMANOIR y el actor que hace de FISCAL, que ahora es un SICÓLOGO. Se advierte que es el mismo actor, pero su aspecto es mucho más estafalario.

BEUMANOIR- Entonces, es usted sicólogo de cadáveres.

EL SICÓLOGO- No, le han informado mal.

BEUMANOIR- ¿Entonces...?

EL SICÓLOGO- ¿Cree usted posible una ciencia llamada sicología de cadáveres? Yo sólo soy sicólogo de

habitantes del más allá.

BEUMANOIR.- ¿No es lo mismo?

EL SICÓLOGO.- En absoluto. La mía es una ciencia muy seria.

BEUMANOIR.- ¿Qué tal se le da la hipnosis?

EL SICÓLOGO.- Esa es precisamente mi especialidad.

BEUMANOIR.- ¿Puede hipnotizar a un habitante del más allá?

EL SICÓLOGO.- Desde luego que sí. A poco que el propio habitante preste la debida colaboración.

BEUMANOIR.- ¿Colaboración...? Eso complica las cosas. No creo que ellos estén muy dispuestos a colaborar.

EL SICÓLOGO.- ¿Se trata de una prueba para el tribunal?

BEUMANOIR.- Sólo para mí. Intento confirmar, averiguar...

EL SICÓLOGO.- Si ellos tienen confianza en usted, colaborarán.

BEUMANOIR.- Sí, hay que intentarlo. ¿Podría ser ahora?

EL SICÓLOGO.- Cuando usted guste, Madame.

BEUMANOIR.-

(Va al extremo de la cortina y hace pasar a los tres acusados.)

Por favor, quiero presentaros a un buen amigo.

EL SICÓLOGO.- Caballeros.

LOS TRES.- Encantado.

BEUMANOIR.- Queridos míos. Le he pedido a este amigo que... que os someta a hipnosis.

MALRAUX.- ¿A hipnosis? ¿Para qué?

BEUMANOIR.- Quiero saber algo. Soy vuestra biógrafa, y he entrado muy dentro de vosotros. Podía hacerlo. Me falta ese algo.

DRIEU.- ¿No te habrás pasado al enemigo?

ARAGON.- ¡Ah, mezquino antisemita! ¿Crees que Dominique sería capaz de eso?

DRIEU.- Tú no conoces a las mujeres. No es lo tuyo.

MALRAUX.- Por favor, amigos. No es el momento. Que sea la propia Dominique quien nos lo explique.

BEUMANOIR.- Nada tiene que ver con el tribunal, ni con la causa, ni con todo este montaje. Es algo íntimo. Para mí. Y hasta es posible que me ayude en la defensa.

ARAGON.- Por mi parte, me pongo en tus manos.

DRIEU.- No es sólo en sus manos. Es en las de... ese caballero.

BEAUMANOIR.- Este amigo.

MALRAUX.- Yo también estoy dispuesto. Dulce Dominique, sé que podemos confiar en ti.

BEAUMANOIR.- Os lo agradezco. (**Insinuante, a DRIEU.**) Lástima que Pierre no se fíe. Es una pena. Esperaba encontrar algo importante, muy importante...

DRIEU.- Está bien, maldita sea. Yo también acepto.

BEAUMANOIR.- (**Al SICÓLOGO.**) Cuando usted quiera.

EL SICÓLOGO.- Caballeros. Es una operación muy sencilla. Si ustedes no se oponen, yo le induzco al sueño, que es en realidad un paso a otro lado de la conciencia. A continuación Madame de Beaumanoir les da unas instrucciones. Al cabo de un rato, según una palabra convenida, regresarán a la conciencia de acá. ¿De acuerdo?

(Murmillos y gruñidos aprobatorios.)

Veamos. (**EL SICÓLOGO utiliza un pequeño objeto, acaso un péndulo o algo por el estilo, y lo balancea ante los tres.**) Atención. Miren aquí. Concéntrense en este balanceo. Concéntrense. (**Continúa el balanceo. Los tres van cayendo poco a poco en trance, mientras la voz del SICÓLOGO les tranquiliza y les ayuda. Repite éste sus palabras hasta que los tres acusados han entrado por completo en trance. Se vuelve hacia BEAUMANOIR.**) Madame...

BEAUMANOIR.- Muchas gracias.

EL SICÓLOGO.- Ahora usted les da las instrucciones que considere oportunas y le da a cada uno palabras clave para que obedezcan sus instrucciones y para que regresen del trance. ¿Entendido?

BEAUMANOIR.- Perfectamente.

EL SICÓLOGO.- Si no me necesita, me retiro hasta nueva orden.

BEAUMANOIR.- Hasta pronto.

EL SICÓLOGO.- A sus pies, Madame. (**Mutis.**)

(**BEAUMANOIR contempla a los tres, sentados, en trance.**)

BEAUMANOIR.- Por fin consigo verlos juntos en silencio. (**Todavía los contempla un instante. A DRIEU.**) Pierre, escucha. Presta mucha atención. Cuando diga «Quién es Beloukia», repito, «Quién es Beloukia», abrirás los ojos y verás una mujer; esa mujer es a la que más has amado, es la mujer de tu vida, aquella que nunca conseguiste olvidar... ¿Entendido? (**DRIEU, somnoliente, asiente.**) Cuando yo diga «Hombre cubierto de mujeres», volverás a caer en este profundo sueño. ¿Has entendido? (**DRIEU asiente.**) Cuando oigas «Normandía», repito, «Normandía», volverás a este lado de la conciencia. (**DRIEU asiente.**) Podrás oír mi voz. Pero a mí no me verás hasta que regreses a esta conciencia. Y cuando regreses, nada recordarás de lo que vivas en este

lado. ¿Entendido? (DRIEU **asiente.**)

(BEAUMANOIR **contempla a DRIEU. Se dirige entonces a la cortina y llama hacia dentro.**)

BEAUMANOIR.- Madame.

(**Entra MADAME, con la gabardina de la escena anterior.**)

BEAUMANOIR.- Póngase ahí, frente a él. Que le pueda ver a distancia.

(**MADAME, que no las tiene todas consigo, obedece a BEAUMANOIR. Ésta se pone detrás de DRIEU. Le acaricia sutilmente.**)

BEAUMANOIR.- «Quién es Beloukia».

(**DRIEU «despierta». Apenas un instante para recuperarse. Ve entonces a MADAME.**)

DRIEU.- ¡Cony! Eres Cony. (MADAME **le mira, pero no responde.**) ¿Dónde has estado todo este tiempo?

BEAUMANOIR.- (Responde por MADAME; no la ve DRIEU.) Lejos, a salvo.

DRIEU.- ¿A salvo de qué?

BEAUMANOIR.- A salvo de ti.

DRIEU.- Eso no es justo. ¿Todavía insistes en hacerme daño?

BEAUMANOIR.- Todavía insisto en vivir, en respirar, en librarme de ti.

MADAME.-

(Se adelanta tanto a DRIEU como a BEAUMANOIR.)

No irás a decirme ahora que me quieres todavía.

DRIEU.- No te lo diré.

MADAME.- No pretenderás convencerme de que me has recordado mientras estabas con otras mujeres.

DRIEU.- No te convenceré.

MADAME.- No te atreverás a hablarme de amor, ni de huir juntos, ni de buscar el paraíso en la tierra o en tus brazos.

DRIEU.- No me atreveré.

(Se miran. Tensión en las miradas. Saltan chispas. De

deseo, de nostalgia, de acumulados arrepentimientos.)

DRIEU.- Cony Wash. Constance. Dora. No supe desearte con fuerza suficiente, no supe retenerte lo bastante. A ti fue a quien más amé, y sin embargo, una vez más, no amé todo lo que debía. Si hubiera sabido amarte, hubieras sido mía. Un día me dije: me he librado de ella. Y entonces sentí una especie de gozo egoísta, sí, gozo, crispación, en medio de mi tortura. Ese día sí que puedo decir que flaqueó mi vida¹².

(Se miran en silencio.)

BEAUMANOIR.- **(Detrás de DRIEU, tras una breve silencio.)** Todavía me deseas.

DRIEU.- Todavía te amo. Pero tal vez sea incapaz de deseo.

BEAUMANOIR.- Mírame, Pierre. Mírame.

**(MADAME obedece a la sugerencia de
BEAUMANOIR: se despoja de la gabardina y muestra
la misma desnudez del final de la escena anterior.)**

DRIEU.- ¡Cony!

¹² Cf. *Journal*, 23 de diciembre de 1939.

MADAME- ¡Pierre!

(Beso arrebatado. Al final del beso, DRIEU toma a MADAME en sus brazos y se aleja con ella. Mutis de ambos con este rito nupcial.)

BEUMANOIR- Debería habérmelo imaginado. Era Cony Wash, tu Dora, la mujer que más amaste. Siempre te gustó sufrir. No sé por qué. Tampoco sé por qué lo supe tan pronto.

(Se acerca a ARAGON, que está en trance. Le acaricia.)

A ti, en cambio, no te gustaba el sufrimiento. Tú entendiste muy bien a Pierre. Mejor que él a ti. Aurélien Leurtillois era un verdadero Pierre Drieu la Rochelle. Cyrille Galant no siempre era un verdadero Louis Aragon. ¿Eras tú más generoso, o es que, como tú pretendías, la novela sirve para decir la verdad precisamente cuando se miente? (Le acaricia de nuevo.) Louis, pon mucha atención. Cuando diga «Elsa Triolet», repito, «Elsa Triolet», abrirás los ojos y verás una mujer; esa mujer es a la que más has amado, la mujer de tu vida, aquella que nunca olvidaste... ¿Entendido? (**ARAGON asiente.**) Cuando yo diga «No hay amor feliz», volverás a caer en este sueño. ¿Me oyes? (**ARAGON asiente.**) Cuando oigas «Kravshenko», repito, «Kravshenko», volverás a este lado de la conciencia. (**ARAGON asiente.**) Cuando estés al otro lado, podrás oír mi voz, pero no me verás a mí hasta que

regreses a este lado. Cuando regreses, no recordarás nada de lo que hayas vivido en este lado. ¿Entendido? (ARAGON asiente.)

(La luz empieza a difuminarse, como si tendiera al oscuro. Pero no llega a él. Al cabo de unos segundos, todo se ilumina de nuevo. Aparece MADAME, feliz, canturreando, con idéntica desnudez. Mira a BEAUMANOIR y ARAGON, reprime una risa, toma la gabardina, que yacía por allí, y se la pone de nuevo. Se coloca frente a ellos, como si esperara instrucciones.)

BEAUMANOIR.- ¿Está usted contenta?

MADAME.- Sí. Francamente, sí. **(Reprime otra risa.)**

BEAUMANOIR.- No hay por qué continuar. Tal vez sea demasiado para una sola sesión. ¿Prefiere que esperemos a mañana?

MADAME.- **(Repentinamente alarmada.)** ¿A mañana? ¡No, por favor! Estoy aquí para ayudarla. Estoy dispuesta a... **(Se detiene.)**

BEAUMANOIR.- A todo, ya veo. No crea, se lo agradezco en el alma. Por un momento pensé...

MADAME.- Yo también tengo que agradecerle... **(Vacila.)**

BEAUMANOIR.- Me hago cargo, sí.

MADAME.- **(Algo intimidada.)** Cuando usted quiera.

BEAUMANOIR.- Si no le importa, esta vez preferiría que hablara usted sola. Veo que también conoce las vidas de nuestros amigos. (**Asiente MADAME. BEAUMANOIR acaricia los hombros de ARAGON, detrás de él.**) Elsa Triolet.

(**ARAGON reacciona como antes lo hizo DRIEU. Se despierta, pero no de un tirón. Se despabila. Ve a MADAME. Se levanta, inquieto.**)

ARAGON.- Qué angustia he sentido. He debido de dormirme.

MADAME.- (**Sugere, en un susurro.**) Louis, despierta. Vamos a dar un paseo. Me lo prometiste.

ARAGON.- ¿Te lo prometí? Si es así, vamos ya. Pero... ¿dónde estamos?

MADAME.- Eso depende.

ARAGON.- ¿De qué depende...?

MADAME.-

(**Se acerca a ARAGON.**)

Quiero que me llames.

ARAGON.- ¿Cómo...?

MADAME- Quiero que digas mi nombre. Varias veces. En varios tonos. Como un canto, como un recitado, como uno de tus poemas.

ARAGON.- No comprendo, no sé...

MADAME- Despierta, Louis. Tienes que decir mi nombre. ¿Cómo me llamo?

ARAGON.- Tú te llamas... **(Enardecido.)** Te llamas Nancy.

MADAME.- **(Que se siente repentinamente feliz. Como también BEAUMANOIR, que sigue esta escena en silencio, pero con entusiasmo creciente.)** Sí, Nancy, me llamo Nancy. Nancy Cunard, y soy rica, y soy joven, y soy escritora, y soy dibujante. Artista. Y amo a Louis Aragon, que es un gran artista. Si yo soy Nancy, esto es... esto es Madrid. Ahí mismo está la Puerta del Sol.

ARAGON.- Sí, claro. Qué ciudad tan pintoresca. Tiene algo de parisiense y algo de africano. A los amigos de mi infancia les engañaba y les decía que yo había nacido en Madrid. Y ayer... o fue anteayer... Ese tipo que miraba por la cerradura, descaradamente, mientras tú y yo estábamos desnudos y fornicábamos...

MADAME.- Me gustó mucho más porque me miraban.

ARAGON.- Y a mí.

(Ríen los dos. Se abrazan. Se miran.)

Tengo la sensación de no haberte visto hace mucho tiempo.

MADAME- De repente, tengo ganas de llorar. Muchas ganas. Soy Nancy Cunard, te quiero, y sé que voy a perderte.

ARAGON- ¿Por qué me engañaste con ese pianista americano?

MADAME- ¿Por qué me engañaste con esa bailarina?

ARAGON- La bailarina murió. Se mató en aquel horrible accidente.

MADAME- Lo sé.

ARAGON- Yo me suicidé por ti.

MADAME- Pero no te llegaste a morir.

ARAGON- En cambio, ahora...

MADAME- Ahora has conocido una rusa, y vives con ella.

ARAGON- ¿Elsa...? No creo que dure mucho.

MADAME- Me temo que sí, que va a durar mucho.

ARAGON- Eso quiere decir que me recomiendas resignación. Que me dedique a ella, que te olvide a ti.

MADAME- Pierre, si esto es Madrid, tú todavía no has intentado suicidarte.

ARAGON- ¿Cómo...?

MADAME- Si estamos en Madrid, todavía no he conocido al pianista, ni tú a la bailarina. Todavía no has

conocido a Elsa, esa caprichosa niña rusa empeñada en que todo el mundo la quiera más que a su hermana Lily...

ARAGON.- Entonces...

MADAME.- Entonces, Louis, todo es posible. Todavía.

ARAGON.- Nancy, no entiendo, no entiendo nada...

MADAME.- Louis, desabróchame la gabardina...

(**ARAGON desabrocha la gabardina de MADAME.**)

Louis, quítame la gabardina, tírala por el suelo. (**Así lo hace ARAGON, que contempla con emoción la desnudez de MADAME.**) Llévame. Tómame en brazos y llévame.

ARAGON.- Nancy, mi amor por ti es muy grande, pero nunca fui un atleta.

MADAME.- Comprendo. Me llevarás del brazo. Caminaremos juntos. Quiero estar contigo en una cama como la de aquel hotel de Madrid, cuando nos vigilaba un mirón a través de la cerradura...

(**Caminan juntos hacia la cortina. Mutis.**)

BEAUMANOIR.- (**Emocionada.**) André, todo es demasiado triste. Todo esto me recuerda que ya nada es posible, que todo es recuerdo, reconstrucción... Sí, esa va a ser la palabra. Reconstrucción.

(Entra DRIEU, apresurado.)

DRIEU.- ¡Cony! ¿Dónde está Cony? ¿Alguien la ha visto?

BEAUMANOIR.- Con tantas emociones, me había olvidado de ti.

DRIEU.- Me he dormido. Ha sido maravilloso, pero me he dormido. Y, al despertar, ella no estaba a mi lado.

BEAUMANOIR.- **(Levanta el brazo. DRIEU se la queda mirando.)** Hombre cubierto de mujeres.

(DRIEU entra inmediatamente el trance.

BEAUMANOIR le lleva de la mano hasta su asiento, junto a MALRAUX.)

BEAUMANOIR.- Qué cabeza la mía. No quiero pensar qué hubiera sucedido si los ve juntos. André, creo que ahora te toca a ti... Tendremos que esperar un rato. ¿Has visto? El gran amor de Pierre era Cony. ¿No es para reírse? Me dirás que eso lo sabía todo el mundo, pero... ¿A quién quería engañar...? ¿No será que Aragon no quería engañar a nadie, sino mentir-verdad con esa especie de corte de amor en la que él era Marcabré, Jaufré Rudel y otros treinta o cuarenta trovadores distintos? Me temo que no va a ser él quien aclarare las dudas...

(Desciende la luz como antes. Transición. Al cabo, todo se ilumina de nuevo. BEAUMANOIR, en la misma

**postura frente al «dormido» MALRAUX. Regresan
MADAME y ARAGON.)**

ARAGON.- ¿Nos miraba?

MADAME.- No, esta vez no estaba mirando.

ARAGON.- Yo creo que sí que nos miraba.

MADAME.- No. Además, qué importa. Si mira, mejor...

ARAGON.- Yo me movía encima de ti, y pensaba: me está viendo el culo. Y me excitaba aún más. A Nancy la ve tal vez cuando se incorpora, y Nancy se exhibe para que la vean por la cerradura. Tiene que ser durísimo ver a Nancy y saber que nunca será tuya. La desnudez de Nancy Cunard, los hombros de Nancy Cunard, las caderas, los largos brazos, los labios hambrientos de Nancy Cunard...

MADAME.- Ponme la gabardina.

ARAGON.- Otro beso, Nancy, otro...

**(Beso prolongado, incluso procaz, que amenaza con
llevarles demasiado lejos en medio del escenario.)**

BEAUMANOIR.- ¡Basta!

**(MADAME y ARAGON se vuelven, sorprendidos,
hacia la voz.)**

ARAGON.- (Que no puede ver a BEAUMANOIR.) ¡Qué ha sido eso!

MADAME.- (Resignada.) Nada, Louis. Que tenemos que decirnos adiós. (A BEAUMANOIR.) Dominique, un momento, sólo un momento...

BEAUMANOIR.- (Sin prestarle atención.) «No hay amor feliz».

(Instantáneamente, ARAGON regresa al trance.)

MADAME.- (Irritada, increpa a BEAUMANOIR.) ¡Por qué lo ha hecho! (Gesto de sorpresa de BEAUMANOIR.) ¡Es usted...!

(Se detiene. Gesto de profundo dolor. Llanto.
ARAGON se sienta junto a los otros dos.)

BEAUMANOIR.- Cállese, Madame. Creo que la he sometido a demasiadas emociones.

MADAME.- (Gimotea.) Usted no me ha sometido a nada. Me he sometido yo... y me han sometido ellos... Ellos.

BEAUMANOIR.- Dice usted ellos como si no hubiera habido ellos nunca antes en el mundo. Esta vez sí creo que hay que dejarlo para mañana.

MADAME-

(Se levanta. Altanera.)

¿Por quién me ha tomado?

BEAUMANOIR.- (Se echa a reír, repentinamente.) No lo sé, francamente, no sabría responder. Puedo asegurarle que no la tomo precisamente por una mujer pusilánime.

MADAME- Terminemos con esto cuanto antes.

BEAUMANOIR.- No sabe cuánto aprecio su capacidad de sacrificio.

MADAME- No bromeé, por favor. No fui yo quien vino a buscarla a usted ni a esos hombres.

BEAUMANOIR.- ¿Sabe lo que le digo, Madame? Que ni usted ni yo deberíamos quejarnos, ni reprocharnos nada. ¿No estamos obteniendo lo mejor de esta experiencia? Yo, lo que me esperaba. Usted, lo que no se esperaba.

MADAME.- (Gimotea de nuevo, pero ahora por otra razón.) Creo... que tiene usted razón.

**(La abraza. Aún gimotea un poco, pero
BEAUMANOIR la recupera pronto para «la
realidad».)**

BEAUMANOIR.- Y, ahora, la misma ceremonia...

MADAME- Cuando diga esto, te levantas; cuando diga esto otro, te acuestas... (**BEAUMANOIR la mira con sorpresa.**) Perdón... quise decir, te sientas...

(Ríen las dos. Se abrazan.)

BEAUMANOIR- Por favor, Madame, no vuelva a darme las gracias o estaré tentada de quitarle el papel en la próxima reconstrucción. Y ahora...

MADAME- A mi puesto.

(Se coloca, de nuevo, en posición.)

BEAUMANOIR- **(Como antes, se pone tras MALRAUX. Le acaricia.)** André, soy yo, ¿me recuerdas? André, escúchame con atención. Cuando yo diga «Dónde está Josette», repito, «Dónde está Josette», abres los ojos; al abrirlos, verás una mujer; esa mujer es la mujer de tu vida, la que más has amado, la que nunca conseguiste olvidar... ¿Me has comprendido? (**MALRAUX asiente.**) Cuando yo diga «Sierra de Teruel», volverás a caer en este profundo sueño. ¿Me has oído bien? (**MALRAUX asiente.**) Cuando oigas «Mayo del 68», repito, «Mayo del 68», volverás a este lado de la conciencia. (**Nuevo asentimiento.**) A mí podrás oírme, pero no podrás verme hasta que vuelvas a este lado de la conciencia. Y cuando vuelvas, no te acordarás de nada de lo que hayas vivido en este lado. ¿Entendido? (**Nuevo asentimiento.**) Dónde está Josette.

(MALRAUX reacciona como antes los otros dos. Ve a MADAME. Se levanta, pero sin nada semejante al estupor o la urgencia de ellos. MADAME y BEAUMANOIR no se extrañan todavía de su reacción.)

MALRAUX.- Señorita... ¿Espera usted a alguien?

MADAME.- ¡Cómo!

MALRAUX.- ¿Nos conocemos? Creo haberla visto en alguna parte.

MADAME.- (Mira a MADAME.) Me parece que...

BEAUMANOIR.- Quién soy, André. Dímelo, quién soy.

MADAME.- Sí, André. Necesito que me digas quién soy. Quién soy.

MALRAUX.- (Confuso.) Señorita, lamento decirle... ¿Cómo quiere usted que yo sepa...?

MADAME.- ¿Cómo me llamo, André, cómo...? ¿Me llamo Clara? ¿Me llamo Josette? ¿Me llamo Madeleine...? (Silencio. Estupor.) ¿Quién soy?

(MADAME rompe a llorar. Desconcierto de BEAUMANOIR ante la escena.)

MALRAUX.- Pero... ¿Por qué llora usted? ¿Le he dicho algo que...?

MADAME.- (En un arrebató.) André, mírame.

(Se despoja de la gabardina y queda en la misma desnudez que antes.)

¡Quién soy!

MALRAUX.- Señorita... Si la hubiera conocido antes, no la habría olvidado. Es usted demasiado bella, demasiado... Nunca conocí a nadie así.

BEUMANOIR.- ¿A nadie? ¿Estás seguro?

MALRAUX.- (A MADAME; cree que las anteriores palabras son suyas.) No, nunca. Desgraciadamente. Ojalá la hubiera conocido a usted cuando aún era posible...

(MADAME reprime un sollozo y sale de escena apresuradamente.)

MALRAUX.- ¡Señorita...! Se olvida usted la gabardina.

BEUMANOIR.- (Crispada. Tras un segundo de vacilación.) ¡Basta! (Reacción de MALRAUX: de dónde viene esa voz.) «¡Sierra de Teruel!».

(MALRAUX vuelve al trance. MADAME intenta sosegarle. Va a él, le toma de la mano y lo lleva a su asiento, junto a los otros. Le acaricia los hombros, ya

tranquila.)

BEUMANOIR.- Nunca pensé que no hubiera en tu vida algún gran amor, viejo tunante. **(Mira a los otros dos.)** Vosotros vais a tener que hacerme un favor. No os lo tomaríais a mal, ni siquiera en plena conciencia. Hay una vieja canción que me gusta mucho. «La complainte de la butte*». ¿Os la sabéis? **(Asienten ambos).** Quiero que la cantéis. André y yo vamos a bailar. Es un vals, así que valsearemos, gracias a vosotros. Pierre, tú cantas el recitativo del principio. Louis, tú cantas el resto la canción. Mientras Louis canta, Pierre le marca el ritmo. Un, dos, tres; un, dos, tres. Así. ¿Entendido? **(Con energía, pero no sin dulzura, desgrana las «palabras mágicas».)** Quién es Beloukia **(Reacción de DRIEU.)** Elsa Triolet **(Reacción de ARAGON.)** Adelante.

DRIEU.- «En haut de la rue Saint-Vincent...» **(etc.)**

(Mientras DRIEU canta el recitativo, acude a MALRAUX. Pero a éste le dirige las palabras con peor intención.)

BEUMANOIR.- ¡Mayo del 68!

(Respingo de MALRAUX.)

MALRAUX.- Creo... Creo que me he dormido.

BEUMANOIR.- ¿Bailamos?

MALRAUX.- ¡Cómo...!

BEUMANOIR.- Levántate, hombre, vamos a bailar.

(MALRAUX se levanta y toma a BEUMANOIR para bailar. Pero no empiezan hasta que ARAGON comienza su canto, punteado por la métrica de DRIEU. Valsean.)

BEUMANOIR.- Terminó el experimento.

MALRAUX.- ¿Qué has averiguado?

BEUMANOIR.- Ya te lo contaré.

MALRAUX.- **(Advierte que los otros cantan para ellos.)** ¿Qué hacen esos dos? ¿Forma parte del experimento?

BEUMANOIR.- En cierto modo, sí.

MALRAUX.- **(Burlón.)** Qué bien canta Aragon. Nunca lo hubiera creído.

BEUMANOIR.- ¿Qué opinas de Aragon y Elsa?

MALRAUX.- ¡Uf! ¿De cada uno de ellos o de los dos?

BEUMANOIR.- ¿Y si Elsa no hubiera sido el gran amor de Aragon?

MALRAUX.- No debió de serlo. Lo proclamaba tanto que no podía ser cierto. El hombre verdadero es el que está

detrás de lo que esconde.

BEUMANOIR.- Merecería la pena contarlo en un libro, pero ya no será posible. ¿Te suena esta canción?

MALRAUX.- Claro. La cantaba Mouloudji.

BEUMANOIR.- A Mouloudji le pusisteis en la lista negra. Por lo de Argelia.

MALRAUX.- ¿Me vas a reprochar eso ahora? Vosotros sí que teníais listas negras.

BEUMANOIR.- ¿Nosotros? ¿Quiénes?

MALRAUX.- Vosotros. Aragon y los suyos. Tú, entre ellos.

BEUMANOIR.- Todos habéis tenido listas negras. Yo no tuve ninguna, ni hubiera servido de nada que la tuviera. No te reprocho eso. Le hicisteis la vida imposible a Mouloudji por defender a los argelinos. Tú también lo hiciste. ¿Y Boulez? ¿No se marchó de Francia por algo parecido?

MALRAUX.- Leyendas. ¿Me hablas de eso? Estamos bailando.

BEUMANOIR.- ¿Te gusta esta música?

MALRAUX.- Claro. Aunque la cante Mouloudji. (Ríen. Valsean.)

BEUMANOIR.- ¿Tú no has tenido nunca un gran amor?

MALRAUX.- Supongo que sí.

BEAUMANOIR.- André, esas cosas no se suponen. Se tiene la certidumbre. Un gran amor no es cosa que se pueda olvidar.

MALRAUX.- Déjame pensar. Dentro de un rato tal vez recuerde...

BEAUMANOIR.- (Ríe.) Eres terrible. ¿Querrá decir que sólo te has amado a ti mismo?

MALRAUX.- No. Es una respuesta demasiado fácil, y ni a ti ni a mí nos convence. Luego no responde a la verdad. Y tú, ¿tuviste un gran amor?

BEAUMANOIR.- Claro que sí.

MALRAUX.- ¿Quién fue? ¿No sería tu marido?

BEAUMANOIR.- No lo conoces. Tampoco le conocí mi marido.

(Valsean.)

MALRAUX.- Ya que no tengo amores, ¿te importa que te bese?

BEAUMANOIR.- Para ser un egoísta, eres muy educado. Los besos se arrancan, no se solicitan.

MALRAUX.- No me gusta robar besos.

BEAUMANOIR.- No te he dicho que los robes. Te digo que los arranques allí donde sabes que te están esperando.

MALRAUX.- Dominique...

(Se besan. El beso se prolonga. Continúa la música a cargo de los dos «durmientes». De repente, apenas cubierta su desnudez por una tela cualquiera, irrumpe MADAME en la fiesta.)

MADAME.- ¡Basta!

(Sorpresa, desagradode MALRAUX y BEAUMANOIR, que dejan de valsear. ARAGON y DRIEU, ajenos, siguen su cantilena. MADAME abandona la tela que lleva, recoge la gabardina y se la pone.)

MADAME.- **(Grita.)** ¡Normandía!

(Respingo de DRIEU, que «despierta».)

¡Kravshenko!

(Lo mismo, ARAGON.)

(MADAME, desafiante, mira a BEAUMANOIR y a MALRAUX. Mantiene la mirada unos instantes y sale de escena con gran gesto y movimiento. Ni MALRAUX

ni los otros dos comprenden nada. Ahora, fuera de trance, se miran entre sí. BEAUMANOIR, que había reprimido la risa en presencia de MADAME, se deja ahora llevar por la hilaridad.

Ríe BEAUMANOIR y su risa contagia a los otros tres. Ríen los cuatro cuando se hace el oscuro.)

X. Desventuras de un fiscal

Escenario B. Todos los personajes en escena.

EL FISCAL.- George André Malraux, es usted un farsante sensacional. No le importaba que le llamaran extravagante y mariposón, usted mismo fomentó esos calificativos. Porque distraía la atención del que de veras merecía: el de farsante. Un farsante que se finge hombre de acción y arqueólogo y que sólo es un niño consentido, niño de mamá y de sus tías, culillo de mal asiento, que no tenía ni idea de arqueología. Tal vez con el tiempo llegó a pegársele algo, pero en aquellos años indochinos y afganos usted no era más que un farsante que supo aprovechar el snobismo parisiense. Fue a Indochina y robó unas esculturas. Se firmaron manifiestos para liberarlo. Su amigo Drieu la Rochelle, aquí presente, no firmó. Si era usted un ladrón, no había que tratarle como a un héroe. Años más tarde, se trae unas figuritas compradas de ocasión y dice que son viejas esculturas gótico-budistas. Hace unas fotos en el campo y se empeña en que son las ruinas de la reina de Saba. Por favor, M. Malraux. ¿No es usted un farsante? Defiende a Trotski de Stalin, porque Trotski tuvo la debilidad de fijarse en usted,

joven prometedor que hablaba de los revolucionarios chinos (asunto del que usted sabía cosas por oídas). Pero después apoya con todas sus fuerzas a Stalin, que ha expulsado a Trotski y que elimina a sus rivales como «trostkistas». De su época de ministro de asuntos culturales, mejor no hablar. Es usted un farsante. Escribió libros de arte apenas como aficionado, pero se fingía especialista y científico. Además, traicionó a todas sus mujeres. No fueron muchas: traicionó a Clara Goldschmidt, que le dio amor, dinero y oportunidades de abrirse al mundo; traicionó a Josette Clottis; traicionó a Madeleine Lioux... Y no traicionó a Louise de Vilmorin porque la gran poetisa se murió a tiempo.

MALRAUX.- ¡Basta! Si quiere, trátame como un trapo, no voy a oponerme. Pero no ponga en su sucia boca el nombre de esas mujeres. Louise... ¿Sabe usted de lo que habla cuando habla de Louise de Vilmorin? **(A todos.)** Escuchen, por favor. O, mejor, recuerden. **(Transición.)** «Mon cadavre est doux comme un gant / Doux comme un gant de peau glacée / Et mes prunelles effacées / Font de mes yeux des cailloux blancs.»

(La sorpresa general se convierte en estupor cuando MALRAUX se apresura a llegar hasta MADAME, la toma de la mano, la invita a ponerse de pie y, cuando ella se levanta, se miran fijamente y funden en un beso.)

MALRAUX.- Louise, amor mío...

MADAME.- ¡André...!

(Silencio. Todos están suspensos.)

EL FISCAL.- (Intempestivamente.) ¡Protesto!

EL JUEZ.- ¡Denegada la protesta! **(Sorpresa y despecho del FISCAL.)**

MALRAUX.- (Que tiene a su lado a MADAME.) ¡Está bien! ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Defenderme? Me niego. Esto es ridículo. Ya que no se respeta mi descanso, que al menos se respete mi silencio.

EL JUEZ.- ¿Su descanso? ¿A qué descanso se refiere?

MALRAUX.- Al descanso eterno, señoría. Mejor será llamar a otro Fouquier-Tinville, o que ese dotado comediante asuma la personalidad de cualquier mono de feria de la acusación histórica. Estoy dispuesto a escuchar, pero no haré mi propia defensa ni permitiré que Madame de Beaumanoir me defienda de necedades como las que ha proferido ese botarate.

(DRIEU y ARAGON aplauden y gritan «bravo, bravo».)

EL JUEZ.- (Agita la campanilla.) ¡Orden, orden! **(A los acusados.)** Madame de Beaumanoir, le advierto, y advierto a sus defendidos, que no voy a tolerar otra manifestación de anarquía como esos aplausos y exaltaciones. **(Al FISCAL, colérico.)** En cuanto a usted, si sigue por ese camino no me quedará otro remedio que solicitar su relevo como parte

acusadora en esta causa. (**Estupor del FISCAL.**) Con acusaciones como ésta, estos tres caballeros no necesitan abogado. ¡Es usted quien está haciéndole el trabajo a Madame de Beaumanoir! (**Regocijo de los acusados. EL FISCAL va a decir algo, pero se lo impide EL JUEZ.**) ¡Silencio! Este tribunal se concede un descanso de media hora para recuperarse de la actuación del ministerio fiscal. (**Martillazo.**)

MALRAUX.- Caballeros, esta dama y yo no podremos asistir a las próximas sesiones. Tenemos mucho que hacer.

(Toma a MADAME de la mano y huyen corriendo. Una vez más, estupor. Oscuro.)

XI. Confesiones

Escenario B. Todos los personajes en escena, excepto EL FISCAL.

BEAUMANOIR.- Con la venia. Me sorprenden los ataques desmedidos del ministerio fiscal, ahora ausente, a M. Aragon. Según el fiscal, Aragon difamó a Paul Nizan como soplón y traidor. Quiero recordar que el propio M. Aragon, en vida, rectificó la parte de su novela *Los comunistas* en la que aparecía un personaje identificable como Nizan. Aragon ha reconocido que se trataba de una inexactitud, propia de un momento de lucha. En esas luchas raras veces hay alguien plenamente inocente. También Paul Nizan había atacado a

inocentes en nombre de la sagrada causa. Nizan abandonó el partido, aparentemente, por su disgusto con el pacto germano-soviético. Pero sabía demasiado, estaba asqueado desde hacía mucho tiempo. Las gentes de aquellas generaciones de luchadores saben muy bien lo que es el desengaño. El desengaño es el momento que eliges para marcharte, si puedes hacerlo, después de años de asco. Esos años de asco son una parte importante de los años del compromiso.

EL JUEZ.- (Interrumpe a BEAUMANOIR.) Este tribunal agradece a la defensa su brillante exposición. Le advierte, eso sí, que no está M. Nizan delante para poder defenderse. Pero la sala quiere hacer una pregunta al encausado. M. Louis Aragon.

(Se sienta BEAUMANOIR y se levanta ARAGON.)

¿Podría desarrollar ante esta sala el tema del compromiso?

ARAGON.- (Tras un silencio en el que muestra cierta perplejidad; que acaso, una vez más, finge con coquetería.) ¡Ah, el compromiso! Sí, señorita, habría mucho que decir de eso. Sobre todo ahora, que todo el mundo se cree comprometido. Hubo varias ediciones del compromiso. La de los años treinta fue la nuestra, la de Malraux, la mía. Sartre no fue más que una copia de la gente de antes de la guerra. Me pregunto por qué no está encausado, hoy y aquí, M. Sartre. Por parafrasear a nuestra defensora: La historia del compromiso es el relato de cuánto tiempo tarda un intelectual o un grupo de ellos en romper con el Partido Comunista. Suvarin, Victor Serge, Koestler. ¿Cuánto tardó

André Malraux en desengañarse? ¿Y Gide? Ahí se pilló los dedos Stalin: hay que conquistar a Gide, como sea. Pero el autor de *Viaje al Congo y Regreso del Chad* hizo su *Regreso de la URSS*. Había que contestarle. Lo hicieron con entusiasmo feroz esos jóvenes que siempre están dispuestos a probar sus incisivos en la carne de los viejos maestros para hacer méritos ante el capataz de turno. Uno de ellos fue Nizan. Nizan saltó sobre el cuello de Gide. Que, por cierto, apenas se inmutó. Otro fue el bueno de Wurmser, colaborador mío, que sostuvo con mi aprobación que Gide era el paradigma del «renegado». Y, mira por dónde, unos cuantos años después me ves a mí mismo suprimiendo todo lo que había puesto en *Los comunistas* contra el pobre Nizan. Y a Elsa, a Pierre Daix y a mí y apoyando a Milan Kundera y... ¡a Solshenitsin! **(Ha estado brillante, desenfadado, a pesar de las cosas que ha dicho.)**

EL JUEZ.- ¿Tienen algo que decir los otros encausados ante las palabras de M. Aragon?

DRIEU.- No conozco a toda esa gente que menciona el gran comunista Aragon. Pero se demuestra una vez más que los enemigos siempre están en tus filas. Los de los demás partidos no son más que adversarios. Mis verdaderos enemigos estaban en Vichy.

MALRAUX.- Con la venia, quiero hacer una pregunta a M. Aragon. Louis, ¿estás haciendo autocrítica?

ARAGON.- **(En la misma vena.)** Sí, me estoy confesando. No de mis pecados, sino de mis diversas negativas a la lucidez. Ser comunista es elegir la justicia. Eso, lo primero. Pero después es elegir la mentira. Y subordinábamos la verdad a la justicia. Hasta que te dabas cuenta de que el comunismo no daba ni la una ni la otra.

EL JUEZ.- M. Aragon, ¿debo entender que todo el mundo se daba cuenta, antes o después?

ARAGON.- No, no todo el mundo. Tenías al lado un montón de gente buena que creía a pies juntillas que la Unión Soviética era el paraíso del obrero, y entonces tenías la tentación de seguir creyendo. La mentira se hacía cada vez más grande y cada vez más débil. A veces bastaba un pretexto fútil para que la conciencia admitiera por fin que todo era una mentira monstruosa... El compromiso, qué risa. Parecía el compromiso con la justicia, con la Revolución, con la historia. En realidad, era el compromiso con un régimen corrompido. A veces me pregunto si habría sido todo distinto de no triunfar el comunismo en Rusia, que no sólo es un país atrasado, sino un país de atormentados, el país de Speranski, de Dostoievski, de Musorgski, de los terroristas que fascinaban a Camus, el país de los curas de enormes sotanas meadas por dentro, esos curas que hacían autocritica, que se ponían en pelotas en medio de la comunidad... Yo estuve casado con una mujer rusa, pero su lado luminoso era báltico. La oscuridad viene de la estepa y se agazapa en Moscú, que ha tenido la desgracia que heredar a Constantinopla en todos los sentidos. ¿Qué habría sucedido si un partido comunista hubiera llegado al poder no en Rusia, sino en un país risueño como Italia, en un país afortunado como Francia...?

MALRAUX.- (Apasionado.) Que la ruina hubiera convertido a la élite comunista en tirana, como en Rusia; o en fugitiva, como en Hungría. Aunque marxistas, por entonces no teníamos en cuenta la economía. Creíamos que el ahorro podía provenir del Estado y que el control del excedente por manos no privadas, por ánimos no lucrativos, aseguraría la justicia y, además, la prosperidad. Pero el

ahorro es privado, sobre todo privado. Y la inversión y el ahorro se identifican en cualquier economía. Algo tan simple, que hoy sabe cualquier niño, lo ignorábamos. E ignorábamos que una economía nacionalizada está abocada a la ruina. El mercado, dejado a su aire, es el caos. Pero es el único instrumento de distribución y asignación. No han sido las denuncias de tortura y deportación lo que ha hecho que los países del Este perdieran la carrera, sino su ineficiencia económica. Al final, mucha igualdad para repartir sólo miseria. Eso, sin contar con la corrupción propia de un sistema en el que no hay oposición, ni libertad de expresión, ni medios de comunicación mínimamente libres.

ARAGON.- (Muy sonriente.) Te expresas como un libro abierto, André Malraux, y eso que ese tipo de discurso no ha sido nunca tu fuerte. El arte casa mal con la economía. Pero tal vez sea cierto. Hoy no se piensa en términos de justicia e injusticia, sino de eficacia o ineficacia económica. Los países socialistas significan ruina. El capitalismo, en muchos lugares, ha conseguido riqueza, aunque la exporte a otros. En nuestro tiempo, creíamos en la eficacia revolucionaria de la Unión Soviética; era el modelo a seguir: implacable, sin contemplaciones, todo sea por la historia. Y, de repente, un buen día, cuando hacía tiempo que Hitler y los suyos habían pasado a la historia, el camarada Nikita Jrushev lee el informe al XX Congreso. ¿Qué hacer, después de eso?

MALRAUX.- Tal vez suicidarse, como tu amigo Fadéiev.

ARAGON.- (Suspira.) Alosia Fadéiev era un desdichado.

EL JUEZ.- (Martillazo.) Caballeros, este tribunal les está muy agradecido. **(Mordaz.)** Mis colegas y yo nos retiramos a deliberar después de esta instructiva lección de historia

económica y arrepentimientos varios.

(Los acusados quedan suspensos. Oscuro.)

XII. Nostalgias

Escenario A. En escena, los tres acusados.

MALRAUX.- (A ARAGON, pero sin abrumarle, sin mirarle, como si hablara al vacío.) Louis, quiero que reconozcas al menos una cosa. En la Francia burguesa del general De Gaulle has escrito y publicado cuanto has querido. Al contrario que tus amigos de Rusia y las democracias populares. Has atacado el régimen, el sistema, todo. Has sido el intelectual orgánico del partido comunista francés, sustituyendo a Henri Barbusse, que no era de tu talla. Y lo has hecho en libertad. Lo único que te pido es que lo reconozcas. No delante del tribunal. Pero que lo reconozcas un día, para mí solo... Lo digo porque yo he pasado por ahí. Tenía razón Julien Benda, uno de los rasgos de los escritores de entonces era que querían que se les arrancara la libertad de espíritu, tenían sed de disciplina. Tú, lo mismo que Barrès, renegaste de lo mejor que hay en un artista, la libertad, y querías que las masas te perdonaran a ti y a los demás artistas precisamente eso, la libertad de crear. Pero a la larga eras un hombre libre, y te comportaste como tal. Tarde, y después de haber predicado la esclavitud como necesidad histórica. Pero no eras ningún tonto, y te fue imposible comportarte como un tonto.

(Silencio.)

ARAGON.- André, sabes muy bien que eso lo he reconocido hace mucho tiempo. Pero no por ello voy a renunciar a un mundo más justo.

MALRAUX.- Me hubiera gustado estar en tu piel el día que te enteraste de las revelaciones de Jrushev en el Veinte Congreso. Era enternecedor ver al mandarín comunista de la cultura, Louis Aragon, proteger a grandes genios como André Stil, supuesto escritor, y André Forgeron, supuesto pintor. Hubo un momento en que me indignaba vuestro poder. Podíais terminar con una reputación, con una carrera literaria. No existía si vosotros no hablabais de él, si no era de los vuestros. Pero después de indignarme pasé a envidiaros. Y de ahí pasé a plantearme la necesidad de emularos. Habíais desarrollado una fuerza tal que no había más remedio que combatirlos con vuestras mismas armas. Y vuestra fuerza fue lo que nos dio fuerzas a muchos. Eráis golpistas, nosotros no tendríamos empacho en tomar el poder al margen de elecciones, porque las elecciones son muy dudosas en tiempos de destrucción. Eráis sectarios, nosotros también lo seríamos. Eráis infalibles, nosotros también. Teníais un hermoso objetivo, aunque lo desmintiera vuestra actitud. Nosotros lo tendríamos: Francia. Y esa Francia sólo podía encarnarla De Gaulle. Tenía razón Adámov, aunque él se burlase de esa causa personificada. Vuestra fuerza fue responsable de que surgiera la RPF y de que fuera hegemónica durante tantos años.

(Silencio. Los tres miran al vacío.)

ARAGON.- Pobre André. Él y los suyos se tomaron tanto trabajo en poner en pie la Quinta República que no puede soportar que al final esos poderes excepcionales se los lleve un político marrullero de la Cuarta. Y, antes, un listillo llamado Giscard d'Estaing. Giscard fue ministro de finanzas con De Gaulle y presidente de Francia con Richard Nixon, un gangster americano. Giscard era un jovencuelo cuando tú te fuiste. Pero lo bastante grande para acudir un día de paseo a una reunión clandestina y hacerse para siempre con pedigrí de resistente. Todo el mundo era resistente, ¿no sabías? ¡Todo el mundo! ¡Bah! Recuerdo las palabras de un militante comunista, un obrero, un pintor de paredes. Había luchado en España, en las Brigadas Internacionales, y, desde luego, en la Resistencia. La guerra y la resistencia no le impidieron tener dos hijas mientras tanto. Un gran tipo. Decía: si Hitler le hubiese garantizado a cada francés un filete y una botella de vino al día no habría tenido problemas con ellos. Se llamaba Pierre. Era un sindicalista duro. Formaba la sección del sindicato y se marchaba a otra empresa. Era un luchador, pero no valía para discutir. No sé qué habrá sido de él. Que conste que le conocí mucho después de escribir *Los comunistas*.

(Silencio. Más miradas al vacío.)

DRIEU.- Nos pasábamos el tiempo odiando a los judíos y perdiendo el tiempo en cosas por el estilo. Yo era un hombre sano, y como hombre sano, tenía que odiar a los judíos. Pero había enfermos como Céline, que se fingían sanos odiando a los judíos. Eso significaba algo, necesariamente lo

significaba. Si un tipejo como Céline, por muy buen escritor que fuera, estaba con nosotros, nuestra causa iba a la ruina. Al final, muy al final, me di cuenta de que el antisemitismo era el cáncer del fascismo. Céline y otros enfermos como él querían construir la nueva Europa sobre millones de cadáveres, y eso era imposible. El día que fusilaron a Robert Brasillach le envidié, pero al mismo tiempo me pareció justo. Y entonces, reaccioné. Me parecía humillante que fueran a juzgarme unos cerdos que no habían ganado una guerra, sino que recogían tranquilamente las rentas de lo que habían ganado para ellos los ingleses, los americanos, los rusos y hasta un montón de voluntarios de Checoslovaquia, de España, de Italia. Además, Alemania no supo dar la talla, Hitler era un fantoche. ¿Cómo nos creímos todo aquello?

ARAGON.- Sigues teniendo la misma confusión diarreica. Es como si todavía estuviéramos vivos y los alemanes aún pudieran remediarlo todo.

DRIEU.- Puedo imaginarme tu decepción cuando los rusos no invadieron Francia para liberarla. Los imagino a ellos llegando a un pacto con los americanos y los británicos: no, no pisaremos tierra francesa, no se preocupen; si nuestro poeta a sueldo Louis Aragon se le ocurre protestar, ya le convenceremos con nuestros métodos habituales.

ARAGON.- (Ríe.) Has ganado en ironía, Pierre de los cojones. Ahora ya no necesitas mezclar las burlas con dinamita.

MALRAUX.- Nunca creí por completo en ese antisemitismo tuyo.

ARAGON.- ¡Cómo! Eso ya es demasiado. Cuéntale a este muerto del 45 que en el 48 se fundó un estado nación

llamado Israel, cuéntaselo y verás cómo echa espuma por la boca.

MALRAUX.- Déjame terminar, Louis. (A DRIEU.) La pobre Colette, más judía que nadie, te ayudó después de vuestro divorcio, y hasta el último momento. También Emmanuel Berl estaba dispuesto a echarle una mano.

DRIEU.- Colette... Lástima no haberla amado nunca.

ARAGON.- ¿Le seguías gustando o era tan sólo piedad judía?

MALRAUX.- La piedad es cristiana, no judía.

ARAGON.- (Con rabia progresiva.) Claro, André, claro. No creas que olvido a Mauriac pidiendo reconciliación y perdón para los colabós. Pero ese tipo que tengo delante, diga ahora lo que diga, fue un antisemita, cuyas ideas y cuyos amigos enviaron a los campos de exterminio a un buen montón de judíos franceses. Lo mismo que Céline. Prefiero a un oportunista sin escrúpulos como Laval antes que a un perro rabioso como Céline, un impotente que se vale de otros para repartir su odio, que muestra su decepción porque Vichy o el ejército ocupante son incapaces de asesinar en un corto espacio de tiempo a todo el que tenga un poco de sangre judía. Céline se puso a buen recaudo enseguida, en una embajada. ¿Cómo puedes predicar la muerte de millones de seres y tener tanto aprecio por tu pobre piel? Dime, Pierre, ¿cómo podíais sentirlos tranquilos cuando asesinaban a Max Jacob, aquel pobre viejo?

MALRAUX.- Hay que recordarte varias cosas, por lo que veo. ¿Quién escribió elogios sobre Céline? Aragon. ¿Quién hizo que se tradujera *Viaje al fin de la noche* al ruso?

Aragon, y lo tradujo Elsa. Claro, aquello os pareció al principio un ataque a la sociedad burguesa, y por lo tanto era válido. ¿Quién salvó a varios judíos y resistentes? Pierre Drieu la Rochelle. Punto, eso es todo.

ARAGON.- Ten cuidado, André. Los dos sois odiosos para mí, pero tú me pillas mucho más cerca que ese pobre suicida. Me gustaría deciros cuatro verdades, en especial a ti, André de los cojones, pavo real del corral gaullista... Ahora que sé que me equivoqué, ahora que estoy decidido a no disimular, a no quitarme las culpas y mandárselas a otro, me gustaría deciros que gracias a vosotros el mundo es mucho peor, que gracias a vosotros dos y a mí el mundo es una basura, y en especial quiero decírtelo a ti, Maître Corbeau, que le prestaste una coartada culturalista al narizotas de Colombey, y menos mal que Fumaroli dijo de eso unas cuantas cosas pertinentes. Te lo quiero decir a ti, André Malraux, que te sientes moralmente superior a Drieu el fascista y a Aragon el staliniano...

(Se sofoca. Tose. MALRAUX prefiere no reaccionar. Silencio.)

He tardado demasiado en morirme. ¡Qué horrible es la longevidad! El otro día tuve una pesadilla Soñaba que todavía estaba vivo. Era insoportable. Creo que tengo que pediros disculpas. **(Silencio.)** Sí, es cierto, te fuiste demasiado pronto, Pierre. Todo el mundo dijo por entonces que habías muerto para salvar a un montón de gente. Quién sabe si no fuiste tú quien le salvó el pellejo a Paul Morand. Desde luego, sí que se lo salvaste a Jouhandeau y a Chardonne. Si hubieses esperado un poco, a buen recaudo,

tú, que valías mucho más que ellos (y lo digo sin ironía, picha brava), habrías terminado tu obra tranquilamente, en tu tierra o en otra parte, respetado, hasta habrías vegetado bajo la Coupole. Y habrías escrito unas memorias que ríete del Cardenal de Retz. Tal vez habrías destruido esos lamentables diarios que cualquier día de estos son capaces de publicar los nietos de Gallimard. Ahí tienes a un miserable como Paul Morand, depurado y muy pronto restituido en su puesto, con una pensión con carácter retroactivo. Algo asqueroso, infame. Además, pagaron los discípulos y se salvaron los maestros corruptores. Fusilaron a Laval y a Brasillach, y se salvaron Pétain y Maurras.

DRIEU.- Pero Laval estaba en el exilio...

MALRAUX.- ¿Sabes quién se lo entregó a de Gaulle?
¡Franco!

ARAGON.- ¡Le estuvo bien empleado! Laval le entregó a Franco a Araquistain y a Companys. A Franco le encantaba fusilar. Nunca olvidaré un personaje tuyo, Pierre, que en plena guerra de España oye que están fusilando a unos pobres tipos. *On fusille*, dice, como si aquello fuera dolorosamente inevitable y preparase un mundo mejor.

MALRAUX.- Después de todo, era doloroso para él, no como para Céline.

ARAGON.- Para Céline, que era un degenerado, unos cuantos millones de muertos no era algo doloroso, sino la única manera de alcanzar el placer sexual. Pues bien, Franco no dejó de fusilar, estuvo fusilando años y años. Era la fraternidad de sangre que impedía que nadie diera un paso atrás. Franco permaneció en el poder cuarenta años y su base no fue sólo la iglesia, la miserable iglesia sodomita de ese

país de curas. Fue aquella cantidad de muertos que los españoles, por prudencia o por miedo, han olvidado en algún rincón de sus castigadas memorias. Todo empezó con aquello: *On fusille, on fusille*. Como quien dice: venga, vamos a trabajar, que hay mucho que hacer. Maldita sea, Pierre, no basta con no matar una mosca, cuando uno dice cosas así siempre hay quien te toma al pie de la letra y está dispuesto a fabricar y arrojar la bomba que para ti era una licencia poética.

MALRAUX.- ¡Y eso lo dice un stalinista que no se quitó las orejas hasta los años sesenta...!

ARAGON.- André, ya hemos dicho que nadie es inocente. Recuerda a d'Astier. Nunca fue comunista, pero hubo una época en que no consentía que nadie tocara a la Rusia de Stalin. Era el prestigio de la Resistencia, eso que los gaullistas os empeñasteis en destruir en lugar de esforzaros en ganar la guerra. ¿Para qué ibais a ganar la guerra? Ya os la ganarían los americanos.

MALRAUX.- Juegas con ventaja, Louis. Pierre no sabe hasta qué punto te convertiste en un auténtico policía de escritores en la posguerra.

ARAGON.- Ah, Pierre, tendrías que haberlo visto. ¿Te imaginas al rojo independiente André Malraux convertido en un admirador de Charles De Gaulle? ¿Te lo imaginas convertido en un furioso derechista que veía conspiraciones comunistas por todas partes? El ejército rojo va a lanzarse sobre París, decía en 1946 a todos los que quisieran escucharle y también a los que no. Era una reedición de los temores de Weygand y Pétain en el momento de la guerra relámpago. Con el tiempo, Malraux fue el alma de un nuevo partido de derechas que no tenía más objetivo que

reinstaurar una monarquía a la medida del gran resistente de Londres. Acabaron saliéndose con la suya. **(Silencio.)**

ARAGON.- *Las voces del silencio.* Qué bonito título para un especialista en arte y en asuntos asiáticos. ¡Ah, André! Si supieras lo que ha sido de tu querida Camboya...

(Oscuro.)

XIII. El acusado eufórico

Escenario B. El tribunal.

EL JUEZ.- M. Drieu la Rochelle, este tribunal lamenta la ausencia de la acusación, que al parecer tenía un dossier muy nutrido sobre su comportamiento en vida. Por nuestra parte, mis colegas y yo haremos lo posible por reconstruirlo, pero no es posible por el momento. Le rogamos al acusado que tenga paciencia.

DRIEU.- Con la venia, señoría, tengo que consultar con mi abogada.

EL JUEZ.- De acuerdo.

(Consultan DRIEU y BEAUMANOIR. EL JUEZ se dirige a MADAME.)

Creo, señoras, que tendrá que estar dispuestas a declarar de

un momento a otro. El comportamiento de ese caballero con las mujeres siempre dejó mucho que desear.

MADAME- Señoría, no me parece correcto testificar contra M. Drieu la Rochelle sólo por una cuestión de carácter... ideológico.

EL JUEZ- ¿Qué no le parece correcto...? Madame, no contribuya usted al agotamiento de mi paciencia... Espero que recapacite. Ya no es usted una niña para andarse con romanticismos.

MADAME- Con todo respeto, me ratifico en lo que acabo de decir. Si he de declarar, será contra mi voluntad.

EL JUEZ- (Colérico.) ¡Tenía que habérmelo imaginado! Desde el principio simpatizó usted con los acusados. ¡Fuera de mi vista!

(MADAME ríe lo bajo, pero finge atemorizarse y se retira presurosa. EL JUEZ habla a los muñecos.)

¡Queridos colegas, la actitud de esta dama es molesta para el tribunal! (Breve silencio.) Ahora bien, reconocerán que quien haya sido padre, esposo, hermano de una mujer así, tiene que sentirse orgulloso de esa actitud. Lógicamente, ella no han de enterarse de esta opinión.

(BEAUMANOIR ha terminado la consulta con DRIEU.)

BEAUMANOIR- El encausado desea hacer una

declaración en ausencia del ministerio fiscal y con la intención de colaborar con el tribunal.

DRIEU.- (A BEAUMANOIR.) Yo no lo he dicho así...

BEAUMANOIR.- Ahora tendrá oportunidad de decir lo que le plazca.

EL JUEZ.- (Agita la campanilla.) Todo el mundo en su puesto.

(Se colocan en sus puestos los dos acusados y
MADAME.)

Puede usted proceder.

DRIEU.- Con la venia. Hablemos, por ejemplo, de mi narcisismo. En efecto, siempre fui incapaz de contar cualquier historia que no fuera yo mismo. No que tuviera que ver conmigo, sino que fuera yo o parte de mi yo. Más de una vez pretendí no volver a escribir novelas. Ya había contado mi historia una y otra vez, y no tenía otra historia que contar. Al mismo tiempo, le aseguro a este tribunal que cientos de veces intenté inventar asuntos exteriores a mí. No lo conseguí, porque lo que no soy yo, no me interesa, no funciona, no me sirve¹³.

EL JUEZ.- Si este tribunal tuviera que juzgar a los narcisos, no acabaríamos nunca. Preferimos hacerle otras preguntas. Por ejemplo, ¿qué pensó el encausado de los sucesos conocidos como la Noche de las Cuchillos Largos?

¹³ Cf., *Journal*, 2 de febrero de 1940.

¿Merece ese hecho la censura del encausado?

DRIEU.- No sé dónde va a parar su señoría, pero le responderé con toda franqueza. Ese fue el error mayúsculo de Hitler. Matar a Röhm, a Strasser y a todo el ala izquierda del partido fue un error gravísimo. Esa hubiera tenido que ser la noche de los burgueses, de los filisteos, de los reaccionarios, de los demócratas, de los plutócratas. ¡Ah, qué error!

EL JUEZ.- Le parece un error. ¿No le parece también un crimen?

DRIEU.- ¡Señoría! ¿Ya estamos con los juicios morales? ¿Qué es un crimen? ¿Qué se pretende aquí? ¿Demostrar mi insensibilidad moral? ¿Pero acaso no la estoy intentando demostrar yo mismo con todas mis fuerzas? No, señoría, no hay crímenes. Hay muertes acertadas o erróneas, muertes que sirven o muertes inútiles. Pero, crímenes...

EL JUEZ.- Creo que está clara su postura moral. Hubiera querido desviar el crimen, eso es todo. Veamos otro aspecto de la cuestión. ¿Va a admitir con la misma conformidad que fue usted traidor a su patria?

BEAUMANOIR.- ¡Protesto!

DRIEU.- No hace falta, Beaumanoir. Sabré defenderme de ese infundio. Señoría, nunca fui traidor a mi patria. Pero pensé salidas adecuadas y plausibles al infierno en que se había introducido por su debilidad, por su imprudencia, por su estulticia.

EL JUEZ.- Se le ruega al encausado que sea más explícito.

DRIEU.- Sería, lo seré hasta las lágrimas, si es necesario. **(Pausa. Reflexiona con rapidez.)** Como todos recordarán, la Francia enferma de la Tercera República se hundió. Yo sentí pavor. Sentí el escalofrío del pavor al ver la aplastante derrota y la desmoralización de mis compatriotas.

BEAUMANOIR.- Con la venia. Quiero hacer notar que M. Drieu sintió pavor, no el entusiasmo propio de quien es partidario de los vencedores.

DRIEU.- Hubo un momento en que estaba convencido de que Francia no volvería a levantar cabeza. Sí, es posible que cambiara aparentemente de opinión o de chaqueta. Primero estaba seguro de que el interés de los franceses estaba del lado de los alemanes, puesto que el fundamento de Francia es Europa y Europa estaría perdida si Rusia resultaba victoriosa¹⁴. Pronto vi a Pétain y a Laval como lo que eran, unos perritos falderos al servicio de los alemanes, como De Gaulle era un perrito faldero al servicio de británicos y americanos. Vichy era tan despreciable como el París de la tercera República. Toda esa chusma de burgueses medios, de generalotes, de clericales sin iglesia, de maurrasianos de andar por casa era la misma gentuza de antaño. ¡La vieja derecha era lo mismo que la vieja izquierda!¹⁵ Los alemanes no tuvieron visión europea. Esos cabrones eran sólo nacionalistas alemanes. En 1944 todo se volvió contra ellos. Se lo buscaron. ¿Cómo no iba a admirar a los rusos? Stalin, ese lo había hecho bien, sin caer en debilidades democráticas ni contemplaciones liberales. Los rusos harán la unidad europea, pensé, no esos alemanes, como mi amigo Otto

¹⁴ Cf. *Journal*, 29 de diciembre de 1941.

¹⁵ Cf. *Journal*, 29 de diciembre de 1941.

Abetz, que cortejan a la vieja prostituta desdentada, se llame Laval o se llame Pétain.

EL JUEZ.- Madame de Beaumanoir, creo que este encausado está francamente influido por la lectura de su tesis de las «tres oportunidades».

BEAUMANOIR.- Señoría, ¿no será más cierto que yo investigué de manera correcta y detecté mediante documentación que ésa era en su momento la actitud de mi defendido?

EL JUEZ.- Como quiera. Pasemos ahora a otra cuestión. M. Drieu la Rochelle fue en vida un notorio antisemita, ¿no es así?

BEAUMANOIR.- No, no fue notorio. Fue... (**Vacila.**)

DRIEU.- No tema usted por mí. Yo mismo puedo explicarlo. Señor juez, todos llevamos dentro un judío. Lo llevamos dentro, sí. Hay que aplastarlo, porque puede llevarnos a la ruina. Lo cosmopolita, lo urbano, lo decadente, lo débil, lo astuto, lo femenino, lo maricón. Todo eso es lo judío. Hubo un judío austríaco que se dio cuenta de lo que eran los judíos, y escribió contra ellos. Dio ejemplo, el mejor de todos: se suicidó cuando apenas tenía veinticuatro años. Marcó el camino a seguir.

MALRAUX.- (**Alarmado.**) ¡Pierre, cállate!

BEAUMANOIR.- Con la venia. En realidad, el acusado estaba fascinado por los judíos, y creo que eso se advierte claramente. Por otra parte, siempre ignoró la puesta en marcha y la magnitud estremecedora del Holocausto. Y hay que hacer constar que su antisemitismo no es público, no se despliega en publicaciones, sino sólo en privado. Y ayudó a

varios judíos a escapar de los alemanes y del entusiasmo de los colaboracionistas.

DRIEU.- Agradezco a la defensa todos esos matices. Pero no quiero eludir mi auténtica responsabilidad. Detesto a los judíos, aunque imagino que este tribunal está dominado por ellos. Siempre he detestado a los judíos, y siempre lo he sabido. Cuando me casé con Colette Jéramec, sabía lo que estaba haciendo y sabía la canallada que estaba cometiendo. Por eso es por lo que nunca me la pude follar¹⁶. (**Reacciones, rumores.**)

BEUMANOIR.- Eso nos hace entrar en otro terreno, que es el de las mujeres. Con la venia, quisiera...

DRIEU.- Las mujeres, ah, las mujeres. Ese es el terreno en el que el tribunal podrá encontrar mayores posibilidades de inculpación. Después de todo, nunca hice sufrir a judíos, salvo cuando me casé con Colette. Pero a las mujeres les hice morder el polvo. Como ellas a mí, por otra parte. Una lucha cuerpo a cuerpo en la que cada cual usaba sus armas más sucias.

EL JUEZ.- Este tribunal le advierte a M. Drieu la Rochelle que no es necesario que eleve el nivel del entusiasmo en su propia denigración. Los hechos, por sí mismos, ya son bastante graves sin necesidad de que el inculpado los encarezca. En cuanto a la defensa, ya sé por dónde va. En efecto, el inculpado no conocía el Holocausto, y cualquier cosa que diga sobre el asunto se debe a un conocimiento *post mortem*. No dudamos tampoco de que, de estar presente la acusación, pondría en duda ese

¹⁶ Cf. *Journal*, 8 de noviembre de 1942.

desconocimiento. Pero este tribunal no quiere oír una palabra más sobre judíos. ¿Entendido? ¿No se dan cuenta de que todo lo que en tal sentido se diga del encausado se puede decir de su propio país de ustedes? Será mejor que pasen al asunto de las mujeres, que puede resultar más entretenido.

ARAGON.- Eso se llama frivolidad. ¡Menudo tribunal!

EL JUEZ.- M. Aragon, guarde silencio. Tiene usted un abogado defensor para expresarse a través suyo cuando se halle fuera del estrado. La próxima vez, tendré que amonestarle.

ARAGON.- Señoría, no me parece justo que se nos haga sufrir ahora la retahíla de nombres femeninos que ese picha brava nos reserva en estas respetables estancias infernales. Apelo a la defensa para que nos defienda del relato de las hazañas de cama y neurosis de nuestro viejo amigo Pierre.

EL JUEZ.- Tal vez sea razonable la moción. ¿Qué piensa, Beaumanoir?

BEAUMANOIR.- (Por DRIEU.) Tal vez el encausado...

DRIEU.- El encausado se da por satisfecho sólo con saber que Aragon, el mariquita, le sigue teniendo envidia por cuestiones de faldas.

ARAGON.- Aragon, en cambio, se siente contento de ver que los impotentes siguen presumiendo de lo que no tienen.

(DRIEU se lanza sobre ARAGON. Conato de boxeo. Consternación. Los demás los separan, en medio de los campanillazos y gritos del JUEZ: «Orden, orden».)

MALRAUX.- ¡Basta ya! ¿Es que estáis locos hasta después de muertos? (**Los contendientes quedan separados.**)

ARAGON.- Lo lamento, André. No todos podemos ser tan sensatos ni tan del justo medio como tú.

DRIEU.- (**Cuando todo está en orden, y EL JUEZ ha dejado de imponer silencio.**) Quiero agradecer al tribunal esta oportunidad. Por fin he podido hablar a mis anchas, sin tener que ceder a la verborrea de esos dos supervivientes que fueron amigos míos; y por fin he podido golpear, siquiera un poco, a ese indeseable que se llamó un día Louis Aragon.

EL JUEZ.- (**Agita la campanilla. Colérico.**) ¡Silencio!

(Oscuro.)

XIV. Combate

Escenario B. Sólo están en escena EL JUEZ (con sus dos colegas muñecos), BEAUMANOIR y MADAME. Hay un pequeño ring que antes no estaba.

EL JUEZ.- (**Martillazo. A MADAME.**) Proceda, por favor.

MADAME.-

(Lee un texto. Muy ajena, como alumna aplicada, pero en el fondo con socarronería, que se nota en deliberadas confusiones.)

Este... Este tribunal está francamente sorprendido por la propuesta que nos presenta la defensa... La defensa... Si estuviera presente el ministerio fiscal, no cabe duda de que habría que re... que recusarla. Pero a estas alturas el tribunal está dispuesto a aceptar incluso lo inacabable... perdón... lo inaceptable. Ahora bien, se advierte a la defensa y a los propios encausados que se espera de esta propuesta una auténtica clasificación... perdón... clarificación, eso es, clarificación de posturas. De no ser así, caerá sobre ellos todo el peso del poder judicial.

(Mira al JUEZ como niña que espera aprobación por haberse portado bien. EL JUEZ la mira fugazmente con cara de pocos amigos, pero inmediatamente se dirige a BEAUMANOIR.)

EL JUEZ.- Tenga la bondad de explicar la cuestión.

BEAUMANOIR.- Con la venia de la sala. Mis defendidos Aragon y Drieu la Rochelle pretenden dirimir sus profundas diferencias mediante un procedimiento simple y expeditivo: un combate de boxeo. Si el tribunal no precisa de más aclaraciones...

EL JUEZ.- ¿Le parecen pocas aclaraciones? Un combate de boxeo es un combate de boxeo. Llame a sus defendidos antes de que me arrepienta y recuse esta escenita.

BEUMANOIR.- (Llama.) Caballeros, a sus puestos.

(Entran ARAGON y DRIEU, como boxeadores. Les sigue MALRAUX, equipado de árbitro. Este último sorprende desagradablemente al JUEZ.)

EL JUEZ.- ¡M. Malraux! ¿Se puede saber qué hace usted aquí, vestido de esa guisa?

MALRAUX.- La defensa considera que yo debo ser al árbitro en esta pelea. Pelea que, en mi opinión, no debería tener lugar, pero y a que...

EL JUEZ.- (Le interrumpe, colérico.) ¡Usted no puede arbitrar entre encausados, puesto que es otro encausado más! ¡Fuera de la vista de este tribunal! ¡Salga de la sala o siéntese en el lugar que le corresponda, pero no agote usted también la paciencia de estos sufridos servidores de la ley!

(EL JUEZ parece agotado, amargado, sobrepasado por las travesuras y jugarretas de unos acusados impertinentes. MALRAUX y BEUMANOIR se miran, perplejos. DRIEU y ARAGON, ajenos, hacen ejercicios de calentamiento, dignos y fatuos en su figura de púgiles.)

BEUMANOIR.- Señoría, se supone que tiene que haber un árbitro en este tipo de combates.

EL JUEZ.- Sí, pero el árbitro no puede ser un combatiente

más. ¡Madame!

MADAME.-

(Se levanta, temerosa ante la llamada del JUEZ.)

Señoría...

EL JUEZ.- Bueno, veo que usted ha traído hoy una vestimenta que podría ser adecuada. ¡Este tribunal le encarga que asuma las funciones de árbitro en el combate que enfrentará a los señores Aragon y Drieu la Rochelle!

BEUMANOIR y MALRAUX.- (Casi simultáneo.)
¡Protesto!

EL JUEZ.- ¡Se desestiman las protestas! M. Malraux, comprendo que su ego se sienta herido por no figurar como árbitro, puesto que, como es bien sabido, le encanta ser el condimento de todas las salsas. Pero este tribunal ya se muestra demasiado permisivo con un combate de boxeo como para arriesgarse a que la lucha llegue a ser a tres bandas. En cuanto a usted, Madame de Beaumanoir, se le pide que deje colgados en el perchero de ahí fuera todo lo que sean celos, envidias y rencores, y admita que esta dama está mucho más cualificada, en su dulzura y en su identificación con ambos encausados, para servir como juez de un enfrentamiento que deseamos incruento. ¿Entendido? **(Murmullos de aceptación a regañadientes. A MADAME.)** ¿Puede usted empezar?

MADAME.- (Esbozo de protesta.) Señoría, yo...

EL JUEZ.- (Mordaz.) Ha leído usted antes de manera deliciosa. Como una hermana, como una madre, como una pastorcilla de *ballet de cour*. Ahora, el tribunal le encarga que haga de juez y madre de los encausados. Adelante, Madame, no se deje amedrentar por la pelusa de la defensa ni por la vanidad dolorosa de un viejo prócer.

MADAME.- Por favor, señoría... Estoy dispuesta a servir al tribunal y a la justicia. Pero le ruego que no se burle de mí.

EL JUEZ.- Caramba. La dama experta en ironías le pide al tribunal que no se burle. Está bien. Así será. **(Corrosivo.)** Y, ahora, ¿sería posible empezar de una vez? **(Con ironía muy malintencionada.)** Espero que no sea necesario presentarle a los combatientes, creo que los conoce muy bien.

MADAME.- Ya lo creo que sí. Mejor de lo que conoceré nunca, qué sé yo, por ejemplo, a su señoría...

(Estupor del JUEZ. Martillazo.)

EL JUEZ.- ¡Proceda!

(MADAME se acerca a los púgiles, que ya habían empezado a sentir curiosidad por los piques del JUEZ y los demás, y que se lanzaban risitas cómplices.)

MADAME.- (Dulce y con mucho glamour. En voz

baja.) Caballeros... Pierre... Louis... Queridos míos. **(En voz alta. Cambia por completo el tono, ahora es un auténtico árbitro.)** ¡Señoras y señores! Combate singular sin peso entre los dos grandes púgiles de la literatura y la política francesa. A mi derecha, Pierre Drieu la Rochelle: novelas, relatos, poemas, obras teatrales, ensayos, discursos, mítines, polémicas, peleas y donjuanismos varios.

(Ovación.)

A mi izquierda, Louis Aragon: surrealismos, realismos, mentires-verdades, poesía nacional, dulzuras y seducciones sin cuento, el gran poeta, el gran narrador, el gran periodista, el gran trovador de Elsa.

(Ovación.)

¡Segundos, fuera! **(Campanillazo.)**

EL JUEZ.- Le hago notar a la dama árbitro que no hay segundos.

MADAME.- Pero algo hay que decir para que empiece el combate, señoría.

EL JUEZ.- (Agita la campanilla.) ¡Adelante, los contendientes!

(Enfrentamiento. Fintas, golpes en el vacío, golpes bajos, agarradas. MADAME arbitra, separa, matiza, esquiva algún que otro golpe. Ovaciones, protestas y violentas invectivas del «público». Todo un ballet que habrá que coreografiar. Campanillazo. Fin del primer round. Los púgiles se retiran, pero nadie los asiste como segundos.)

MALRAUX.- (Ante el estupor de los demás.) Ya que me piden mi opinión, les diré que me parece un combate sin interés, en el que los púgiles se empeñan en jugar sucio y en el que se demuestra que carecen de capacidad de pegada, de preparación física y moral, y de un mínimo de ambición de combate. Esto es ridículo y debería detenerse ahora mismo.

ARAGON.- ¡Métete en tus asuntos, viejo pavo real! Ahora vas a ver lo que hago con la cara de tu amigo Drieu la Rochelle, el mayor fascista y chulo de putas de las letras francesas.

(Ovación, con toques de grosería.)

DRIEU.- Agradezco al tribunal que la oportunidad de aplastar el hígado de Louis Aragon, el comunista a sueldo de Moscú, que se la chupaba a Stalin y a Zdanov. Sólo lamento que mi rival sea maricón, lo que me priva de un contrincante a mi medida.

(Otra ovación, más grosera aún.)

ARAGON.- ¡Te voy a machacar, suicida asqueroso!

DRIEU.- ¡Ahora vamos a ver lo que tienes en las tripas, viejo resistente de papel y pluma!

ARAGON.- ¡Impotente!

DRIEU.- ¡Bujarrón!

(Las ovaciones de apoyo han subido de tono y de vulgaridad, sin que sepamos muy bien de donde vienen; los demás personajes, a modo de coro, pueden jalearse a ambos al mismo tiempo, sin menoscabo ni contradicción. Así, gritan: «¡Tritúralo! ¡Reviéntalo!», sin que sepamos quién ni a quién, y sin que importe demasiado.)

EL JUEZ.- (Campanillazo. Mordaz.) Este tribunal se congratula de la marcha del combate, y en especial de lo prometedor del intermedio. M. Malraux expone opiniones que nadie le ha pedido. Los púgiles se insultan con ardor. El público se enardece y anima a los contendientes a que manchen de sangre el piso de lona. Bien. Hemos alcanzado un punto de civilización insuperable. **(A MADAME.)** ¿Podría continuar el combate? Este tribunal se siente entusiasmado.

MADAME.- (Campanillazo.) ¡Segundos, fuera!

(Clamor del público. Enfrentamiento de los púgiles.)

Las palabras que siguen se dan al mismo tiempo que golpes, fintas y agarradas. Jadeos, violencia, siempre a gritos.)

ARAGON.- Toda tu literatura es odio. Puro odio. A Malraux le gusta tu novela Soñadora burguesía, pero yo sé lo que se siente al leerla.

DRIEU.- ¿Qué puede sentir un bichejo como tú ante una obra tan cargada de dinamita como ésa, que yo os lancé envuelta en flores?

ARAGON.- ¿Sabes qué se siente ante todo ese veneno que tú llamas dinamita? Se siente halago. El halago de quien ve sumidas en el barro, manchadas de porquería, a las figuras retratadas. Si se vive en el odio, se escribe en el odio, y sólo puedes complacer al odio. Por eso acabaste siendo un fascista al servicio del ocupante. **(Violento golpe de DRIEU que ARAGON esquivó.)** ¡Fallaste, cabrito! El odio lleva a escribir buenas novelas como Soñadora burguesía, y se acaba escribiendo mierda como Gilles. Gilles es un documento, una confesión, un testimonio sesgado. Pero nada más. Si el odio es el elemento, es también el alimento y el destinatario. **(Nuevo golpe de DRIEU, que también consigue esquivar su oponente.)** En realidad, confíésalo, escribiste Soñadora burguesía para vengarte de tu madre. Fuiste hijo único durante mucho tiempo, y querías mamá para ti solo, pero mamá estaba encoñada con papá y le encontraban picores con sólo pensar en él. Escribir una novela sólo por eso da la medida de una persona. **(Nuevo golpe de DRIEU, que esta vez da en el blanco. ARAGON cae por el suelo.)**

DRIEU.- Se te nota mucha envidia. Habrías deseado una familia como la mía. Yo nunca fui hijo ilegítimo, ni hijo de mi hermana, ni hijo de mi padrino, ni hijo de un anciano que se ocultaba, ni hijo de una puta.

ARAGON.- (Se levanta. El combate parece detenido.) Por eso que has dicho me habría lanzado en tiempos a tu cuello, cabroncete, pero ahora no lo haré, no merece la pena. Todos los que estamos aquí somos hijos de puta, cada cual a su estilo, al de su madre, quiero decir. Pero mi madre y con ella toda su familia, mi abuela, mis tías, hasta el listillo de mi tío, hicieron por mí lo que pudieron. No he tenido que pelearme para que mi madre me abrace en sueños o en una novelucha. Los saqué a todos, pero sin odio.

DRIEU.- (Reanuda el combate. Los púgiles, en posición.) No, lo tuyo no es simple odio, sino mentira sistemática: ¿hay algo más rematadamente embustero que ese ciclo de novelas que empezaste a escribir sobre la historia reciente de Francia y que te atreviste a llamar *El mundo real*? Era *real*, no *surreal*. Luchabas contra tu pasado, te avergonzabas de tu brillante juventud de surrealista, y más tarde de que te manipularan tus amados comunistas. No he visto tantas mentiras acumuladas como en esas novelas del *mundo real*.

(Golpe de ARAGON, que alcanza de lleno a DRIEU. Éste cae sobre la lona. MADAME cuenta. Drieu se levanta, aturdido. Detención momentánea de la pelea.)

ARAGON.- (Corrosivo.) Al morir tú faltaban todavía dos novelas del ciclo. Sólo conoces tres, te falta *Aurélien*.

Aurélien eres tú, pero sin fascismo y sin tanto odio, y hasta con capacidad de enamorarse y no sólo de chulear a las tías. Y te falta Los comunistas. La que no pude terminar. Preguntame por qué no la pude terminar. Saqué seis tomitos y no la pude terminar porque entonces me di cuenta de que había perdido mi imagen. Mi imagen en el espejo. La perdí durante muchos años, pero sólo entonces me daba cuenta. Y era otro el que se reflejaba en mi lugar. Para recuperar esa imagen tenía que dejar para siempre *El mundo real*. **(Eleva el volumen de voz, hasta el grito.)** ¡Pero para darme cuenta de que había perdido mi imagen necesitaba que Pierre Drieu la Rochelle se hubiera muerto una vez o cien veces! ¡Y, como él, todos los cabrones que hundieron a Francia y ayudaron a convertirla en un campo de concentración camino de la nada!

(DRIEU se lanza contra ARAGON. Lucha, pero a brazo partido. MADAME no consigue separarlos. Tampoco lo consigue BEAUMANOIR, que acude a poner paz, sin éxito, pese a sus llamadas a la cordura y su intento de recordarles el rigor del tribunal; rigor que, evidentemente, no atemoriza a los encausados-púgiles. EL JUEZ pide orden y da martillazos, sin resultado. MALRAUX se une a la melée y reparte mamporros a diestro y siniestro, esto es, a DRIEU y a ARAGON; y ellos se los devuelven entre sí.

Es el caos.

Y, en medio de ese caos, suena repentinamente una poderosa fanfarria. Suena repetidas veces, hasta que todos los personajes se ven obligados a abandonar su

disputa y a mirar hacia arriba, de donde proviene la fanfarria.

Desciende entonces desde el punto hacia el que todos miran, sujetado por unas correas, un personaje angélico y amenazador. Es el mismo actor que hizo EL FISCAL y EL SICÓLOGO, ligeramente transfigurado pero reconocible.)

BEUMANOIR.- ¡Es el ángel exterminador!

EL JUEZ.- ¡No puede ser! Que yo sepa, no existe el ángel exterminador.

(Baja del estrado, pero deja en él a sus colegas muñecos.)

EL ARCÁNGEL.- (Todavía suspendido en el vacío.)
¡Silencio! ¡Señor juez! Ya que su señoría es incapaz de poner orden en la causa, he sido enviado para cumplir ese cometido. Alguien tiene que hacerlo.

(Ominosa fanfarria. EL ARCÁNGEL desciende.)

MADAME.- ¡Es el Arcángel!

TODOS.- Es el Arcángel, es el Arcángel...!

EL ARCÁNGEL.- ¡Cesen las disputas!

(Desciende hasta el nivel de los demás personajes. Se despoja de las correas.)

Este proceso tiene que terminar de una vez, no pueden mantener la causa indefinidamente. Sepan que traigo un laudo de obligado cumplimiento para todas las partes. **(Grita.)** ¡Correas! **(Desde lo alto descienden unas correas como las que permitieron el descenso del Arcángel y que todavía cuelgan por ahí.)** ¡M. Louis Aragon! ¡M. André Malraux! Ha terminado su período de purgatorio. Ahora ascenderán a los cielos y harán un máster de perfeccionamiento. Les informo de que la posteridad está expurgando sus obras. ¡Y la posteridad es inapelable! Ustedes ascienden al cielo, pero sus obras tendrán que responder en aquellos puntos en que no fueron lo bastante democráticas, lo bastante innovadoras o lo bastante contemporáneas de la posteridad posterior a ustedes. **(Antes de que nadie eleve una protesta.)** ¡Silencio! Este Arcángel, este enviado, no admite protestas. M. Aragon y Malraux, vengan aquí.

(ARAGON y MALRAUX, todavía muy confusos, se aproximan al ARCÁNGEL.)

EL ARCÁNGEL.- Por favor, que alguien les ayude a colocarse las correas.

(MADAME y BEAUMANOIR acuden y les colocan las correas.)

MALRAUX.- Perdón, mi Arcángel... ¿Debemos entender que Aragon y yo subimos al cielo y que permanece aquí M. Drieu la Rochelle?

EL ARCÁNGEL.- Bueno... Por el momento, sí, así es...

ARAGON.- A ver, a ver... No he entendido bien. ¿Pierre se queda *aquí abajo*?

EL ARCÁNGEL.- Tiene que seguir en el purgatorio.

ARAGON.- ¿En el purgatorio?

DRIEU.- ¡Sí, queridos colegas! Ya lo habéis oído. Yo permanezco en el purgatorio. ¿Qué es lo que os sorprende? Una vez más vence la coalición burguesa-comunista. A los fascistas se nos destina el infierno, el cielo está demasiado lleno de judíos. ¡Esta es mi victoria sobre vosotros!

EL ARCÁNGEL.- ¡Silencio! ¡Va a empeorar su ya delicada situación!

ARAGON.- (Mirada de inteligencia con MALRAUX.)
¡André!

MALRAUX.- Creo que interpretas mis sentimientos, Louis. Ya está bien, estamos hartos. Todos nos piden autocríticas, nos piden que nos arrodillemos, que digamos que nos hemos equivocado actuando; se entiende que ellos, mientras, acertaron en su quietud, en su comodidad, sentados en sus sillones de orejas.

ARAGON.- Mi Arcángel, lamento decirle que M. Malraux y yo nos negamos a subir al cielo sin Pierre Drieu la Rochelle.

(Rumores; unos, escandalizados; otros, complacidos.)

DRIEU.- ¡No necesito vuestra solidaridad! Si tenéis mala conciencia, no aprovechéis mi situación, que yo asumo con la gallardía de siempre.

EL ARCÁNGEL.- ¡Silencio! No he descendido a estos ínferos para discutir con ustedes. **(Grita.)** ¡Correa!

(De lo alto, desciende una nueva correa. Agarra a DRIEU de un brazo y se pone a colocársela.)

En virtud de los poderes que me han sido transmitidos, envío a M. Drieu la Rochelle, que es uno de los grandes escritores de Francia, al mismo cielo al que van M. Aragon y Malraux.

(DRIEU se resiste. Vítores de MADAME y BEAUMANOIR. Regocijo de ARAGON y MALRAUX. Confusión del JUEZ.)

¡Silencio! Se da con zanjada la cuestión. **(DRIEU ya está atado, aunque enojado. Los tres acusados parecen dispuestos a ser izados a los cielos.)** Pero les advierto que ni una persona más subirá a los cielos por el momento. Quizá echen ustedes de menos a M. Jean-Paul Sartre.

(Rumores negativos de los demás.)

¡Pero por ahí no paso! Sartre tiene todavía que purgar lo suyo.

ARAGON.- (Mordaz.) Pobre Sartre. Pensábamos que él ya había cumplido y que llevaba mucho tiempo en los cielos.

EL ARCÁNGEL.- Pues se equivoca usted. Todo el mundo ha tenido su purgatorio, incluso Albert Camus, pero ya está en los cielos por derecho propio. En cuanto a Sartre, hay todavía un buen montón de perros rabiosos que le tienen entre sus dientes. Esos perros son gente muy preparada; aprendieron su oficio en publicaciones como la revista *Les Temps modernes*. **(Risa de ARAGON.)** Pero también en revistas como *Les Lettres françaises*. **(Gesto de disgusto de ARAGON.)** ¿Se acuerda usted del asunto Kravshenko?

ARAGON.- Cómo no voy a acordarme. Nos costó buen dinerito el honor perdido de Kravshenko.

DRIEU.- ¡No quiero subir a los cielos burgueses!

EL ARCÁNGEL.- M. Drieu la Rochelle: ¡basta ya de poses! No se hable más. Pueden ustedes despedirse de este tribunal.

(Alegría y besos de despedida de MADAME y BEAUMANOIR a los tres acusados. Suena una marcha de pasarela. Es «Ça c'est Paris», de Padilla.)

EL ARCÁNGEL.- ¡Madame!

(MADAME sabe perfectamente lo que le están ordenando, se aligera de ropa y, como una nueva Mistinguett, canta la primera estrofa de «Ça c'est Paris».)

MADAME- (Mientras los demás marchan bailando, como en una pasarela de revista.) «Paris est une blonde qui plaît à tout le monde...».

(Se repite la misma estrofa, cantan todos a coro. Excepto EL ARCÁNGEL, claro está.)

Finalmente, sólo queda la estructura rítmica, sin canción. Todos marchan y bailan. Repentinamente, comienza la ascensión de los tres acusados. La canción es sustituida por ruidosas despedidas, gritos de entusiasmo, silbidos, vítores.

Cuando se completa la ascensión y se ha diluido la rítmica, los cuatro personajes que quedan abajo permanecen aún unos instantes mirando hacia arriba. Un silencio.)

EL JUEZ- (A MADAME.) Entonces, usted sabía...

MADAME- (Modesta.) Bueno... Estoy aquí para recibir órdenes.

EL JUEZ- No me diga. (A BEAUMANOIR.) Creo que tengo que darle a usted mi más cordial enhorabuena.

BEAUMANOIR- Se lo agradezco, aunque por algo

distinto a lo que usted cree. Para mí, lo importante no es que hayan subido al cielo absueltos, sino que lo hayan hecho cantando, no convertidos en sus propias estatuas.

EL JUEZ.- Ha dado dos veces en el blanco: eso que dice y... conseguir que este tribunal quede en ridículo.

BEAUMANOIR.- No era esa mi intención.

EL JUEZ.- No importa. Ese ha sido el resultado. (**Al ARCÁNGEL.**) No, no voy a protestar, mi Arcángel. Me está bien empleado.

EL ARCÁNGEL.- En sus manos está que no vuelva a suceder.

EL JUEZ.- ¿Eso quiere decir que habrá otra oportunidad?

EL ARCÁNGEL.- Seremos más generosos con usted que usted con el fiscal.

EL JUEZ.- Por cierto, le noto cierto de aire de familia con M. de Saint Sulpice.

EL ARCÁNGEL.- (**Tajante.**) Se equivoca usted.

EL JUEZ.- (**Se apresura.**) ¿Y cuándo tendré el honor...?

EL ARCÁNGEL.- ¿La oportunidad? Ahora mismo. ¡Suba al estrado! Siéntense todos.

(**EL JUEZ sube al estrado, confuso. MADAME y BEAUMANOIR toman asiento en lo que hasta el momento han sido sus lugares.**)

No, ahí no. (A MADAME.) Usted se sienta donde está Madame de Beaumanoir. (A BEAUMANOIR.) Y usted, ahí.

(Señala el asiento que ocupaban los tres acusados. Las dos damas, sin comprender nada, se sientan donde les ha indicado EL ARCÁNGEL.)

(EL ARCÁNGEL mira a todos, complacido por la general perplejidad. A su vez, él se coloca en el vacío puesto del FISCAL.)

EL ARCÁNGEL.- El ministerio fiscal contra Madame Dominique de Beaumanoir.

(BEAUMANOIR se levanta como impulsada por un muelle. Tonante.)

Se acusa a Madame Dominique de Beaumanoir de haber llevado a cabo continuas y repetidas manifestaciones escritas que justifican el comportamiento de personas como los acusados de la causa anterior. Estas justificaciones falsean y envenenan la interpretación de la historia reciente y crean mitos inoportunos e inútiles que se basan en conceptos equívocos y trasnochados. Por ejemplo, el amor a la patria; por ejemplo, la defensa de la nación; por ejemplo, la lucha por las libertades. **(Tenso silencio.)** Este ministerio fiscal le asigna como defensora a Madame, aquí presente.

(Silencio. Estupor de las dos damas.)

BEAUMANOIR y MADAME- (Simultáneas.)
¡Protesto!

(Silencio. Estupor de los dos hombres.)

TELÓN

Postfacio I

Las escenas «de juicio» son trepidantes. Las escenas «dialécticas» de escenario A se parecen a éstas en la crispación de los personajes, pero no en la vivacidad del tiempo. Las escenas «eróticas» o reflexivas son un descanso, pero sobre todo un cambio de perspectiva y de tiempo.

Sería tal vez conveniente que los tres personajes históricos estuvieran caracterizados por los actores tal como fueron en la realidad. Hay testimonios visuales de Aragon y de Malraux, pero Drieu se suicidó hace demasiado tiempo.

El rostro bello, nórdico, siempre alterado de Drieu, a mitad de camino entre un magnetismo irresistible y la pose del perdonavidas. Debía de ser Drieu de esos que seducen intimidando. Un gran artista, no pagado de sí, aunque se reconoce, se sabe. Hay un tormento en ese rostro, que acusa la convicción de haber traicionado, no ya a Francia, sino a sí mismo. La vanidad le alimenta, pero le da más hambre, y ese nuevo apetito no lo sacia la vanidad.

La sonrisa llena de encanto de Aragon, que levantaba las cejas canas en un gesto de escucha, de curiosidad ante el otro. Si era fingida, el fingimiento era de alta calidad y convencía a los sonreídos. Aragon sí que era irresistible, aunque no más conquistador que Drieu. Era un seductor que no intimidaba, que seducía auditorios, grupos, gentes concretas; no sólo a las damas. Su rostro acusa el desengaño, como tantos a su edad. Grandísimo escritor desde muy joven, la vanidad no le obliga tanto como las caricias.

Los tics característicos de Malraux, las posturas, los gestos, la tensión permanente de su cuerpo. Uno de esos tipos que parece dar saltos incluso sentado. Una inteligencia superior, un rostro que parece que mira al horizonte, pero atento a la cámara sin mirarla. Con muy buena estrella, si no tenemos en cuenta las terribles desdichas familiares. Menos creador que los otros, más lúcido, más independiente, más libre. Menos romántico, pese a España y la Resistencia. La vanidad le impulsa, no le mata.

Esta función emplea algunas citas, escasas, de Drieu la Rochelle, Aragon y Malraux, más un par de otros autores. Son siempre breves y siempre están transformadas, en ocasiones «más allá de la paráfrasis». En cualquier caso, ayudan a dar color y algo de verdad a los personajes y situaciones en la fantasía a la que se les somete sin su permiso.

Desde luego, la obra y la biografía de cada uno de estos personajes está siempre presente. Pero no parece adecuado dar aquí bibliografía.

Postfacio II

Hace diez u once años pensé la siguiente situación: al

morir Louis Aragon (1982) acude en su busca un viejo amigo de juventud y luego enemigo mortal, Pierre Drieu la Rochelle, que se había suicidado en 1945. Se lo conté a Rafael Conte, francófilo, que inmediatamente dijo: «Ahí falta André Malraux». Quedé en que si escribía la obra, se la dedicaría. Después de aquella sugerencia de Rafael, Malraux había llegado al proyecto para quedarse en él. No había manera de quitárselo de encima.

Pero no escribí la obra final hasta 2001.

¿Por qué aquella visión? ¿Qué tenía de especial que aquellos hombres se encontraran al cabo de sus vidas? ¿Por qué ahora me parecía más rico el proyecto con el refuerzo de Malraux?

Drieu fue un espléndido novelista, aunque en ocasiones su narrativa (Gilles, ejemplo máximo) sea más que tendenciosa. Era un intelectual volcánico que podría haber sido un stalinista de pro y que acabó siendo fascista y hasta colaboracionista durante la Ocupación: no el más colaboracionista de los franceses, no un entrega-judíos, no con grandes responsabilidades, aunque bien hubiera querido formar parte de un gobierno en Vichy que prescindiera de gente blanda, de viejos radicales como Laval y viejas glorias como Pétain. Su contrafigura en su propio campo es un personaje más patético y más lastimoso, aquel viejo comunista pasado al más furioso fascismo que acaba muriendo con uniforme alemán, Jacques Doriot.

Aragon ha sido el modelo de intelectual stalinista, para bien y para mal. En su juventud, tras la primera guerra, es uno de los tres fundadores del Surrealismo, junto con Breton y Soupault. Derivan todos ellos hacia el nuevo Partido Comunista, aunque este partido desconfía. A la larga, Aragon se muestra más disciplinado que otros; Breton,

aunque eterno adolescente, advierte el virus comunista muy pronto. Pero los locos años 20 de Aragon no hacen prever el hombre de partido de la segunda posguerra. Si el horror por la masacre de 1914-1918 le lleva al apoyo al PCF en los 20, si el temor al fascismo le induce a los compromisos de 1933 en adelante, el ejemplo del gran partido de los mártires durante la Ocupación le hace identificar Francia con PCF. Y en la medida en que la URSS es la gran madre de los comunistas, lo que de ella procede tiene algo de infalible y de santo. Al mismo tiempo, Aragon crea un mito en el que él aparece como una especie de trovador y su esposa, Elsa Triolet, como la gran musa inspiradora. Pero esta mitología merecería otro espacio. Digamos que Aragon fue el gran poeta y el gran novelista de seis décadas del siglo XX, y que su stalinismo tuvo un límite: hubo un momento en que ya no pudo seguir justificando aquello.

Malraux empezó como revolucionario y como novelista, y acabó no siendo ninguna de las dos cosas. Y no es que André cambiara, porque en rigor seguía siendo el mismo. Eran demasiadas las cosas que habían cambiado en ese tiempo. Lo sucedido en la década de los 30 y durante la Ocupación le hace caer del caballo. Comprende la verdadera naturaleza del comunismo de obediencia soviética y de la URSS de Stalin. Y ante la gran crisis nacional, ante ese momento que pudo haber supuesto la desaparición de Francia, Malraux sigue la llamada del general De Gaulle en un movimiento que al principio no es especialmente derechista ni lo contrario, sino una reacción saludable de defensa de la nación francesa en un momento de desaliento y consternación. Es cierto que tardó mucho tiempo en haber gaullistas resistentes, es cierto que los comunistas fueron resistentes antes que muchos otros, pero también es cierto que todos tienen su pecado: los comunistas obedecieron la

vileza del Pacto germano-soviético y la Francia oficial temía más una hipotética rebelión comunista que al invasor alemán (como si no hubiera pasado el tiempo desde la represión de la Comuna de París en marzo de 1871). De Gaulle representaba para Malraux y tantos otros la superación de todo aquello.

Por eso tenía razón Rafael Conte: en mi fantasía faltaba Malraux.

Malraux y Aragon se conocieron, claro está. Formaron parte de la primera edición del compromiso, concepto que esconde un apoyo a la URSS, la URSS contraria al nazismo, pero también la de la colectivización sanguinaria de Ucrania y la del comienzo del Gran Terror. Después de la Liberación de Francia ambos debieron de respetarse (en el mejor de los casos) y tal vez desconfiar mutuamente el uno del otro. No hubo especial amistad entre ellos. Drieu la Rochelle sí había sido amigo de ambos. En la primera mitad de los años veinte lo fue de Aragon, con quien debió de tener alguna relación homosexual a la que se dio demasiada importancia más tarde. Algunas disputas por mujeres debieron de enfrentarlos y separarlos. Después, Drieu fue amigo de Malraux y padrino de los gemelos que mucho más tarde morirían en accidente; fue él quien le consiguió un salvoconducto para que con Josette y los niños pasaran a la llamada Francia Libre. Allí se uniría Malraux a la Resistencia. En la que ya estaba hace tiempo Louis Aragon, poeta clandestino que firmaba como François La Colère. En vano le denunciaba su viejo amigo Pierre Drieu la Rochelle, dandy del París ocupado, director de la Nouvelle Revue française como premio de consolación por parte de su amigo Otto Abetz, virrey alemán en los Campos Elíseos.

En *El vals de los condenados* Drieu y sus dos viejos

amigos se hallan en los ínfimos, en espera de que la posteridad les juzgue con su habitual insolencia y con sus novísimos criterios de corrección política. Mas no se estarán callados ni quietos. La comedia es una pieza «de juicios» en la que se ve encausada la propia encausadora. Hay más cosas, incluso una triple trama erótica (Pierre fue un ligón desenfrenado, Aragon un conquistador, Malraux no debió de quedar demasiado atrás): el erotismo es vida y sirve para elevar el tono vital de una obra que se desarrolla al otro lado de la muerte.

Rafael tenía razón: faltaba Malraux. Así, al fracaso de comunismo y fascismo, patente en aquel momento de 1991, recién caído el muro, cuando «vi» el primer planteamiento de esta obra, se unía el de quien cayó en 1968 tras once años de ministro de cultura con De Gaulle. Estos personajes encierran una época muy amplia que se corresponde con casi todo el siglo XX. Utopías, quimeras, fracasos y ojos cerrados al crimen.